

Nota del editor

-En un frío día de enero de 2004, Mario Zakin se presentó en mi seminario de l'EHESS y poco después del fin de la sesión, se acercó para pedirme un *rendez-vous*. Nos encontramos así en mi despacho de Bd. Raspail; allí Zakin me contó su itinerario como genetista en el Pasteur; me dijo que ya estaba jubilado y que quería trabajar seriamente en historia argentina. Al principio no sabía yo como aconsejar a una persona que me llevaba varios años y que venía de una formación en ciencias duras y tan diferente a la mía. Mas, poco a poco, después de varios encuentros y de charlas post seminarios, fuimos orientándonos hacia un punto preciso, dentro del abanico de temas que le interesaban, sobre todo, el periodo de Rosas. El primer problema con el que nos topamos, fue, obviamente nuestra distinta formación. Mario Zakin quería “comenzar desde el principio” y “tener todos los antecedentes”, es decir, remontarse a... casi el origen de la colonización en América. Le pareció casi risible que le dijera que eso era materialmente imposible y que varias vidas habrían sido necesarias para ello. Eran patentes nuestras diferencias de formación científica, pero de a poco el enfoque fue centrándose progresivamente en la última década del rosismo. Por fin, la Guerra Grande fue escogida como tema central.

Entre tanto, Zakin había leído “todo” lo que hallaba a mano sobre España, Inglaterra, Francia, el desarrollo del capitalismo, la construcción del Estado, etc., etc. Su forma de trabajar era la de no querer dejar ningún “hilo suelto”. El trabajo que el lector puede leer hoy, es en realidad, su “programa para comenzar con los archivos” (sic), es decir, un *estado del arte*; desde este punto, él consideró que ya estaba listo para comenzar la verdadera investigación. En efecto, pasó unos días en Montevideo y Buenos Aires para sondear los archivos y dio comienzo por el AGN de Buenos Aires (de allí, las citas dispersas de ese repositorio), pero, el cáncer tiró por tierra lo que habría sido una investigación de primer nivel. Porque, al igual que M. Jourdan, Mario Zakin hacía *connected history* sin saberlo. Trabajando en historia casi como lo habría hecho con los *genes eucariotas* –su especialidad como genetista- Zakin trató en este “programa de investigación” de tomar en cuenta a “todos” los intervinientes en este conflicto y a “todos” los niveles de análisis, cosa imposible por definición en el trabajo de un historiador, pero que tuvo como resultado este largo artículo. Vemos aquí a casi todos los poderes intervinientes en el largo conflicto de la Guerra Grande de la Banda Oriental entre 1838 y 1852: la provincia de Buenos Aires, la provincia de Entre Ríos, la provincia de Corrientes, los dos poderes de la Banda Oriental, (Oribe y los sitiados en Montevideo –con sus diferencias internas y sus variados componentes internacionales desde la legión francesa hasta Garibaldi), el Imperio del Brasil, la fugaz *República dos Farrapos* de Rio Grande do Sul, Francia, Inglaterra, España... Hay en el texto sobre todo, historia política y militar, pero abundan los datos fiscales, económicos y sociales. A mi saber, nadie antes había hecho un esfuerzo tan serio para poner orden en una historia tan compleja y con tantos intervinientes.

Hemos corregido el texto, pero sin alterar el estilo ni el tratamiento de la cuestión por parte de Zakin, aun cuando no estuviéramos de acuerdo con algunos detalles –no nos parecía justo hacerlo *in absentia*- hemos rehecho toda la parte referida a las notas y se han perdido dos o tres referencias que no hemos podido hallar. Hemos agregado unas pocas notas aclaratorias. Solicitamos a los hijos del autor, también científicos, una pequeña biografía para conocer el otro aspecto de la vida académica de Zakin.

Juan Carlos Garavaglia

-Mario Zakin nació el 12 de Agosto de 1938 en Buenos Aires. Se licenció en Química en la Universidad de Buenos Aires en 1961 y se doctoró en el año 1964. Realizó su entrenamiento post-doctoral en Cambridge y en Paris, en el Centro de Transfusión Sanguínea, donde conoció a nuestra madre Ghislaine en 1965. En 1971 volvió a Buenos Aires donde trabajó para el Conicet. Después de 5 años, visto la situación económica de la Argentina decidió continuar su profesión en Francia. En 1976, ingresó al Instituto Pasteur de Paris donde permaneció durante el resto de su carrera científica. Formó su propio grupo, “Unité d’expression des gènes eucaryotes” en 1983 y fue nombrado Profesor en 1995. El principal tema de su investigación fue el estudio de la regulación del gen de la transferrina humana y de las apolipoproteínas. Publicó más de 100 artículos en diarios científicos de nivel internacional, y 8 estudiantes obtuvieron su tesis bajo su dirección. Vivió una gran parte de su vida adulta en Francia pero su corazón latía por su patria, la Argentina. Siempre trato de mantener contactos con la comunidad científica latino-americana creando colaboraciones y organizando cursos en la Fundación Campomar en Buenos Aires. También participó en el inicio del proyecto Amsud Pasteur que culminó con la inauguración del Instituto Pasteur de Montevideo en el año 2008. Se jubiló en el año 2003 y dedicó su tiempo al estudio de su otra pasión, la historia Argentina. Desafortunadamente, en 2008 le fue diagnosticado un cáncer y falleció pocas semanas antes de cumplir 70 años. Este artículo, resultado del primero de sus proyectos, es el último acontecimiento de su vida; su redacción fue finalizada bajo condiciones muy difíciles (agradecemos a nuestra prima Dora Man por su ayuda secretarial en ese momento). Este trabajo es el mejor homenaje que se le puede rendir a nuestro padre.

Lise, Lorena y David Zakin

*El Río de la Plata, los conflictos con las potencias extranjeras, la “Guerra Grande”
y la caída de Rosas, 1838-1852*

Mario Zakin

La llamada Guerra Grande fue el resultado de una serie de acontecimientos que entrelazaron las guerras civiles argentinas (federales contra unitarios) y uruguayas (blancos contra colorados), a las que se agregaron las intervenciones en defensa de sus intereses comerciales y políticos de potencias extranjeras como Francia, Gran Bretaña y el Imperio del Brasil.

El litoral argentino se encontraba constantemente en oposición a la política rosista de mantenimiento de los privilegios del puerto de Buenos Aires, cuya aduana constituía la fuente primordial de sus recursos económicos. Frente a los acuerdos que se hacían y deshacían entre los gobernadores de Corrientes y Entre Ríos y el presidente oriental Fructuoso Rivera, así como con el gobernador del estado de Río Grande, en disidencia con el Imperio brasileño, el gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas decidió en los albores de 1842 el retorno a la región del ejército comandado por Manuel Oribe, vencedor de Lavalle y de la Liga del Norte.

Era el momento oportuno para que Oribe recuperara el poder en la Banda Oriental, perdido el 24 de octubre de 1838, a manos de Rivera. Para Rosas era la posibilidad de acallar la acción de los emigrados argentinos instalados en Uruguay, agrupados en la llamada Comisión Argentina, y de contar en su frontera oriental con un gobierno aliado, favorable a su política.

Las desavenencias entre los dirigentes litoraleños y Rivera, llevaron al general José María Paz, a abandonar la jefatura del ejército destinado a luchar contra Rosas, dejando a Rivera como “director de la guerra”. Su ejército era de 1500 infantes y 4500 hombres de caballería. Según el general César Díaz, uno de los prohombres de la Defensa, pero adversario político de Rivera, era un ejército sin organización, heterogéneo, desconocido para Rivera, quien nunca había dirigido tantos hombres¹. Otros testimonios contemporáneos contradicen esas afirmaciones, hablando de una formación “en el mejor estado de disciplina y entusiasmo”, vigorizado con los triunfos de Ca-aguazú y sobre Urquiza en el Gualeguay. Ruiz

¹ César Díaz, *Memorias*, Colección de Clásicos uruguayos, Vol.129, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1968.

Moreno afirma que ‘fue el mejor y más numeroso ejército que se presentó frente a las tropas federales, ya que ni Lamadrid, ni Lavalle ni aún Paz habían contado con tanta tropa’, agregando que ‘las victorias de Oribe y Pacheco en la guerra civil argentina se debieron a la mala calidad de los equipos y a la inferioridad numérica de sus adversarios’². El ejército de Oribe era aguerrido, compuesto en su mayoría por argentinos, con la experiencia de varios años de lucha con los unitarios en el interior de la Confederación Argentina.

Oribe derrotó completamente a Rivera en los campos del Arroyo Grande, en Entre Ríos, el 6 de diciembre de 1842. El triunfo fue facilitado por la ausencia de un estratega como Paz, y por el hecho de que los refuerzos esperados por Rivera, provenientes de Río Grande, no llegaron debido a que no obtuvieron el permiso del gobernador Ferré de atravesar Corrientes. Además, el ejército federal tenía el doble de los efectivos de los aliados liberales. Rivera ni esperó el final para abandonar el campo de batalla, atravesando el río Uruguay con una docena de oficiales y soldados, situándose en las costas del Quegay, adonde poco a poco fueron reuniéndose más fugitivos. El 12 de diciembre dirigió una breve nota al gobierno delegado de Montevideo dándole cuenta del contraste.

Este triunfo le dejó libre a Oribe el camino hacia Montevideo, sede del gobierno riverista. Para la distancia que media entre la orilla del río Uruguay a la altura de Salto hasta Montevideo, bastaban diez días de marcha para una columna ligera. Pero Oribe vadeó el río solamente el 22 de diciembre, llegando a la ciudad el 16 de febrero de 1843, fecha en que comenzó el sitio. Según César Díaz, Oribe podría haber tomado Montevideo, si luego de la batalla hubiera destacado rápidamente 2000 hombres a caballo, e incluso lo podría haber hecho a los pocos días de instalarse en el Cerrito, frente a la débil estructura defensiva de la ciudad en esos momentos. El general va aún más lejos diciendo que el período de inactividad bélica luego de haberse establecido el sitio podría haber sido fatal para los sitiados debido a la fuerte desertión observada. ‘La salud dependía de la acción y Oribe se encargó de restablecerla’, ya que desde el 1 de marzo las tropas sitiadoras comenzaron con ataques parciales, que en definitiva no fueron nada serios³. Oribe se defendió por su tardanza en una carta del 12 de enero de 1843 dirigida al general Antonio Díaz, manifestando que la marcha se hizo de acuerdo a las posibilidades del momento:...’ con toda la presteza que puede hacerlo un Ejército, naturalmente pesado por su composición, como es éste’⁴. Cuáles fueron las razones

² Isidoro J. Ruíz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, Tomo 2, Emecé, Memorias Argentinas, Buenos Aires, 2006.

³ AGN (Archivo General de la Nación, Buenos Aires) X-1-6-7.

⁴ AGN-X-1-6-7.

de, podríamos decir estos “errores” de Oribe, y que en definitiva prolongaron durante casi nueve años una situación de guerra y no guerra.

En primer lugar, se podría evocar un problema logístico. El gobierno colorado hizo lo necesario para retirar del recorrido caballos y ganado. Además, fue necesario incorporar en la medida de lo posible a los sobrevivientes de las acostumbradas masacres posteriores a las batallas, más de dos mil prisioneros tomados en Arroyo Grande. Eso hubiera sido facilitado si el general Eugenio Garzón hubiera continuado como Jefe del Estado Mayor. Pero antiguos problemas y celos entre este general y Oribe hicieron que Garzón fuera separado del cargo unos días antes de la batalla, la nueva administración encontrando dificultades para ponerse en marcha.

En segundo lugar, tengamos en cuenta las instrucciones con las que contaba Manuel Oribe, que podría pensarse actuaba como lugarteniente de Juan Manuel de Rosas, ‘el tratamiento dado al general Oribe, a pesar de las formalidades con las que Rosas aparentaba respetarlo, solo confirmaba la sumisión de este último a las directivas del poderoso gobernador de Buenos Aires’⁵.

Oribe había asumido como General en Jefe de todas las fuerzas de tierra y mar de la Confederación Argentina cuando Rosas, luego de la derrota de Cagancha, decidió poner sus tropas bajo un mando único a principios de 1840. Esa posición se afianzó luego de la terrible derrota que Oribe infligió a Lavalle el 28 de noviembre del mismo año, en un sitio solitario y agreste llamado Quebracho Herrado, en los límites entre Córdoba y Santa Fe, batalla a la que siguió luego una sanguinaria campaña contra los unitarios. De acuerdo con los historiadores orientales tradicionales, Oribe fue “autorizado” a entrar en territorio uruguayo para recuperar el poder perdido, pero no para ocupar Montevideo, sino para sitiar la ciudad y perpetuar el estado de guerra⁶. Refiriéndose a los bloqueos, pero pudiéndose adaptar a esta situación, para de Gandia existiría ‘un deseo extraño, en apariencia inexplicable, en el ánimo de Rosas, de no llegar a ningún resultado definitivo, a mantenerse perpetuamente en un estado bélico o semibélico..., como si ese estado anormal, de crisis internacionales, le conviniese y fuese fomentado artificialmente’... ‘un método excelente para justificar sus medidas de fuerza, su permanencia continua en el gobierno...’⁷. Como transfondo existía seguramente la voluntad de destruir el potencial comercial del puerto de Montevideo, rival secular de Buenos Aires, y

⁵ Paulo Cavaleri, *La restauración del Virreinato*, Univ. Nacional de Quilmes, Bernal, 2004.

⁶ Eduardo Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay*. Tomo II, 1838-1860, Casa Barreiro y Ramos S.A., Montevideo, 1933 y del mismo autor, *Historia del Uruguay*, Tomo III, Imprenta Nacional, Montevideo, 1919.

⁷ Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*. Tomo VII, Enrique de Gandia, Sopena Argentina, Buenos Aires, 1960.

asegurar la supremacía de esta última. Si bien Pedro de Angelis en el *Archivo Americano* sostenía que ‘El general Rosas...desea y propende a que (Bolivia y el Estado Oriental) se conserven en su perfecta independencia’⁸, desde la óptica de los adversarios de Rosas, la intención final de este último habría sido la incorporación de la Banda Oriental como Estado Confederado dentro de la Confederación Argentina, como parte de un plan destinado a la restauración territorial del antiguo Virreinato.

En el momento de recibir la información de la derrota de Arroyo Grande, Montevideo estaba indefensa, contando con solamente 400 a 500 hombres para el servicio policial de los Departamentos, ya que Rivera, que nunca había hecho más que acaudillar montoneras, y no estaba preparado para una guerra regular; al ir al encuentro de un enemigo importante, no había dejado ningún cuerpo de reserva para utilizar frente a una situación adversa.

El gobierno delegado de Montevideo decidió resistir al ejército invasor, y el 12 de diciembre declaró al país en asamblea y llamó a los ciudadanos a cumplir con su deber en defensa del Estado. Quedó abolida parcialmente la esclavitud, y se autorizó al Poder Ejecutivo a destinar los libertos al servicio militar. Con todas estas disposiciones se podía llegar a contar con un ejército de 3500 soldados de línea y otros tantos de milicia. Además, se pidió al general Paz, que se encontraba en Montevideo, que tomara el comando de la defensa de la ciudad. Joaquín Suárez, que era presidente del Senado desde el 26 de octubre de 1841, a cargo del Poder Ejecutivo en ausencia de Rivera, firmó junto con el Ministro Francisco A. Vidal el decreto por el que se nombraba al general Paz Jefe del Ejército de Reserva. Paz inició inmediatamente la instrucción de los soldados, la mayoría sin formación militar, transformando Montevideo en un campamento militar. El plan del general consistió en el establecimiento de una línea de fortificaciones cuyo trazado general se conservó incluso hasta el final de la contienda aunque con modificaciones. El problema era la falta de medios para solventar las construcciones, cosa habitual en las administraciones de Rivera, conocido por sus dilapidaciones. Tampoco se podían obtener créditos. A estas limitaciones había que agregar la mala voluntad del ministro Vidal, quien consideraba que la salvación solo podía venir de una intervención de Gran Bretaña. Afortunadamente para la Defensa, el 4 de enero de 1843 hubo cambios en el gobierno, quedando Vidal solamente como ministro encargado de las Relaciones Exteriores. A partir de allí se aceleraron las obras de las líneas de defensa, que desde el 29 de enero estuvieron bajo la inspección del general argentino Tomas de Iriarte.

⁸ Paulo Cavaleri, *La restauración del Virreinato*, cit.

A fines de enero, el general Rivera había conseguido reunir unos 4000 hombres de caballería, acampando en el Pastoreo de Pereira, a unas tres leguas de Montevideo. Sus celos y resquemores contra Paz hicieron que le pidiera la renuncia, haciendo peligrar todo el andamiaje de la defensa, pero chocó con la opinión de varios notables de la ciudad, por lo que tuvo que volver atrás con su pedido. En cambio, modificó nuevamente el gabinete, nombrando en reemplazo de Vidal a Santiago Vázquez, en Hacienda estaba Muñoz, y en el ministerio de Guerra nombró a Melchor Pacheco y Obes, encargado de vigilar a Paz. Andrés Lamas pasó a ser el Jefe del Departamento de Policía, en reemplazo de José Antuna, implicado en un proceso fraudulento, quien se pasó al campamento de Oribe, lo mismo que el general Angel Núñez, enemistado con Rivera. Vidal entretanto se embarcó con su familia para Europa, aparentemente bien asegurado con varios miles de onzas de oro. Mientras tanto Rivera decidió salir a la campaña, en donde se encontraba más cómodo para continuar la lucha contra Oribe, eludiendo en un primer término las tropas de éste ya cercanas a la ciudad. El 14 de febrero se distribuyeron las banderas y estandartes de los batallones de Montevideo, formando el ejército en la calle 18 de julio⁹. La defensa ya estaba casi organizada con las fortificaciones edificadas a lo largo de las actuales calles Ejido y Yaguaron, decidiéndose además defender el Cerro como punto de comunicación con la campaña, artillándose toda la zona, incluyendo la isla de Ratas, luego llamada Libertad, que funcionó principalmente como depósito de pólvora. Paralelas a esta 'Línea interior', entre 1844 y 1847 fueron instaladas baterías fortificadas unidas entre sí por trincheras, constituyendo la 'Línea Exterior'. Comprendían ésta los pueblos del Cordón y de la Aguada, parcialmente destruidos para permitir el tiro de los cañones de la Línea Interior. Puestos avanzados y de centinelas llegaron hasta el actual Boulevard Artigas, en donde se encontraban las primeras posiciones del ejército sitiador¹⁰.

Los extranjeros residentes en Montevideo, frente a la situación creada con la llegada de Oribe y sus tropas, arrastrando tras sí una verdadera o creada leyenda de masacres y vejaciones, decidieron armarse para proteger sus vidas e intereses. Así, los franceses, italianos, vascos, españoles formaron legiones. Los italianos se pusieron al mando del exilado republicano José Garibaldi.

El 24 de febrero el Presidente interino Joaquín Suárez abrió las sesiones ordinarias de la Asamblea, según la Constitución. El mandato de Rivera, nombrado el 1 de marzo de 1839

⁹ Mariano A. Pelliza, *La dictadura de Rosas*, Talleres Gráficos Argentinos, L.J.Rosso, Buenos Aires; s/f.

¹⁰ Jacques Duprey, *Voyages aux origines françaises de l'Uruguay*, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Montevideo, 1952.

luego del golpe contra Oribe, caducaba el 1 de marzo del 1843. Frente a la situación militar, se decidió suspender las elecciones del nuevo Presidente hasta que todo volviera a su normalidad, continuando al frente del Ejecutivo Suárez, quién ejerció el cargo hasta después de la finalización de la guerra. Por otro lado, esa misma situación impedía las elecciones de los miembros de la Asamblea, por lo que se iban prorrogando sus mandatos a pesar de haber caducado.

Según los datos del propio gobierno del Cerrito, en 1843 las fuerzas sitiadoras estaban compuestas por 264 oficiales y 2123 soldados de tropa orientales, y por 405 oficiales y 6584 soldados argentinos, lo cual sumaba más de 9300 hombres. Las cifras que se encuentran en la literatura son bastante variables según las fuentes, llegando a 17000 en el caso del British Packet, contando tropas de refuerzo comandadas por Urquiza¹¹. Una escuadra de 5 buques al mando del almirante Guillermo Brown estaba anclada a corta distancia del puerto de Montevideo.

Con respecto a los sitiados, el escuadrón de artillería ligera y el de lanceros, se componían de hombres de color, mientras que los de milicias, exceptuando la Legión Argentina, constaban de orientales y españoles. La caballería era toda oriental, lo cual hacía un total de 6097 hombres comandados por el general Paz. Esto sin contar los varios miles que siguieron a Rivera para combatir fuera de la ciudad. El teniente coronel argentino Ramón Lista Viamonte, responsable del sistema de comunicaciones dentro de la ciudad fortificada, era el comandante del Telégrafo de la Línea, que consistía en una combinación de banderas, semejante a las que se utilizaban en los buques de guerra. Ramón Lista escribió un diario desde agosto de 1844 hasta octubre de 1851, contando lo que veía desde el Mirador del Telégrafo, ubicado frente al mercado, en la casa de Pla¹².

En relación a la organización política de los sitiadores, el Estado Mayor General y las primeras oficinas del gobierno de Oribe en el Cerrito acamparon en el establecimiento de Antonio Farina, en principio por 15 días solamente, creyendo en una rápida victoria. En definitiva estuvieron más de 9 años, creándose toda una organización jurídica y política que funcionó dirigiendo la vida administrativa, económica y social de las regiones bajo el mando de Oribe, en contrapartida de la osatura jurídica y política del gobierno de la Defensa¹³.

¹¹ *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados de los poderes del gobierno presidido por el Brigadier General D. M. Oribe, 1843-1851*, Compilación, Estudio Preliminar y Notas por Mateo J. Magariños de Mello. Impr. E.S.I., Montevideo, 1948.

¹² Héctor R. Ratto, *Los comodores británicos de estación en el Plata (1810-1852)*, Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina. XVII, Buenos Aires, 1945.

¹³ *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales...*, cit.

En el entorno de Montevideo y del Cerrito, la campaña se fue transformando en un desierto por el abandono de la población, con las estancias arruinadas, con miles de vacunos consumidos por los contendientes. Muchos habitantes vinculados a la gente de Rivera, se refugiaron en la ciudad, aumentando así los problemas de alojamiento y alimentación.

Frente a esta situación, es lógico preguntarse como se llegó a ella. Las razones son varias: las rivalidades, celos y ambiciones de los tres caudillos orientales, Juan Antonio Lavalleja, Fructuoso Rivera y Manuel Ceferino Oribe; la fuerte personalidad del gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, sus ambiciones de poder y quizás de recuperación del antiguo virreinato; no dejando de lado las influencias, agitaciones, humillaciones y rencores de los emigrados unitarios establecidos en la Banda Oriental. No se puede olvidar además, la presencia de un número relativamente importante de nacionales británicos y franceses en ambas orillas del Plata, así como de buques de guerra de las dos naciones, destinados a proteger sus intereses comerciales y financieros.

Numerosos han sido los estudios sobre los orígenes, el desarrollo y el desenlace de la Guerra Grande. Dichos trabajos han pecado en general por analizar los hechos favoreciendo los puntos de vista de uno u otro de los contendientes, lo cual ha impedido un análisis ecuánime de los sucesos. La intención del presente manuscrito ha sido paliar esos inconvenientes presentando los argumentos de los distintos bandos, teniendo en cuenta los intereses contradictorios de los participantes, incluso de aquellos que se presentaban como aliados. La intención ha sido además de subrayar los beneficios que el Imperio de Brasil obtuvo al final de la contienda. Las razones de la caída de Rosas también han sido analizadas.

LAS POTENCIAS EXTRANJERAS

Como en periodos anteriores, los siglos XVIII y XIX continuaron siendo testigos de la rivalidad por alcanzar el liderazgo mundial entre Francia y Gran Bretaña, constituyendo sus actividades en el Río de la Plata un ejemplo de esa rivalidad.

GRAN BRETAÑA, LOS BRITANICOS Y EL RIO DE LA PLATA

GRAN BRETAÑA

La emergencia de Gran Bretaña fue el resultado de una serie de eventos de los cuales el más importante fue la revolución industrial. Esto produjo un reordenamiento de las actividades económicas de los países líderes, que debido al alto desarrollo de sus economías,

obtenido gracias a las innovaciones técnicas, exigieron mercados nuevos, en donde podrían colocar los excesos de sus productos, y obtener las materias primas baratas necesarias para mantener su elevada producción. Se creó así una política expansionista, en la cual el rol de Gran Bretaña fue pionero, gozando a lo largo de todo el siglo XIX de una superioridad manifiesta sobre los otros países, gracias a los precios reducidos de sus productos, a su dinámica tradición comercial, a su ventaja naval y a la facultad de crearse nuevos mercados¹⁴.

En política Gran Bretaña fue de una habilidad extrema¹⁵, con un sistema institucional basado en un equilibrio entre la Corona y el Parlamento, y con ministros de Asuntos Extranjeros importantes (lord Castlereagh, Georges Canning, el vizconde Palmerston). Urgida por encontrar nuevos mercados para expandirse, desde muy temprano estuvo interesada en las colonias hispanoamericanas. Ya a fines del siglo XVIII habían comenzado a germinar en sus esferas gubernamentales los planes de invadir Sudamérica¹⁶. Sin entrar en detalles sobre su gestación y desarrollo, ya sabemos los resultados de las dos invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1807, así como la influencia que tuvieron en el desarrollo de los acontecimientos que llevaron a la Junta de Mayo, y a la introducción de los intereses británicos en la economía rioplatense¹⁷.

La llegada de la corte portuguesa al Brasil, hizo posible que el Almirantazgo británico instalara una estación naval en la bahía de Guanabara. Al establecerse la alianza entre España y el Imperio Británico a principios de 1809, este obtuvo facilidades de carácter comercial, comenzándose a organizar en Buenos Aires y Montevideo comunidades de mercaderes británicos, por lo que el responsable de la estación naval decidió estacionar una parte de su flota en el estuario rioplatense. Los responsables de esa flota fueron llamados los ‘comodoros’¹⁸.

Luego del reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas, el primer diplomático británico acreditado, Woodbine Parish, firmo en febrero de 1825 con Manuel García, el ministro más importante del gobierno de Buenos Aires, el famoso Tratado Anglo-Argentino. Dicho tratado establecía las condiciones para el comercio entre las dos partes, así como los derechos y obligaciones de los ciudadanos británicos y argentinos residentes en los

¹⁴ Philippe Chassaing, *Histoire de l'Angleterre des origines à nos jours*, Flammarion, Paris, 1996 ; Eric Anceau, *Introduction au XIX siècle*. Tome I, Belin, París, 2003.

¹⁵ Pierre Renouvin, *Histoire des Relations Internationales*, Tomo 5, *Le XIX siècle*. Hachette, París, 1954.

¹⁶ Rodolfo H. Terragno, *Maitland & San Martín*. Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 1998.

¹⁷ Klaus Gallo, *Las invasiones inglesas*, Eudeba, Buenos Aires, 2004 y *De la invasión al reconocimiento*, AZ editora. Buenos Aires, 1994.

¹⁸ Héctor R. Ratto, *Los comodoros británicos de estación en el Plata (1810-1852)*, cit.

países implicados, garantizando además la libertad de culto para los británicos establecidos en el Río de la Plata.

Otro hecho en el cual la diplomacia británica tuvo un rol preponderante en la región, fue su mediación en la firma del Tratado del 27 de Agosto de 1828 que finalizó con las hostilidades entre las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil, convirtiendo a la Banda Oriental en un Estado independiente, la República Oriental del Uruguay. La mediación fue necesaria cuando Gran Bretaña decidió que la guerra afectaba más allá de límites aceptables sus intereses¹⁹. Se debe tener en cuenta que su política en el Río de la Plata, después de las fracasadas invasiones, basada en la infiltración económica en lugar de la utilización de la fuerza, estaba dando los resultados buscados: construir un imperio virtual, que no necesitaba de tropas de ocupación²⁰.

LOS 'INGLESES'

Desde los albores de la presencia española en el Río de la Plata, los súbditos británicos habían estado presentes en la región como comerciantes, contrabandistas o negreros. Sin embargo, en los principios del siglo XIX solo unos pocos angloparlantes eran residentes que habían logrado superar la cuarentena de rigor para los extranjeros, sobre todo no católicos, establecida en las colonias españolas. En 1804 había solamente 57 personas con nombres que podrían indicar orígenes británicos²¹. Con las premisas del libre comercio, fueron principalmente comerciantes británicos los que tomaron la dirección del comercio exterior rioplatense, ampliando posteriormente sus actividades en el interior. Durante los primeros años revolucionarios, el 60% del comercio de Buenos Aires provenía de Liverpool y de Gibraltar, trayendo además productos de otras latitudes.

Si bien los otros comerciantes extranjeros que residían en el Río de la Plata aprovecharon las nuevas reglamentaciones, era el comercio británico el que primaba en las relaciones con la región, con numerosas casas de importación-exportación instaladas en Buenos Aires y Gran Bretaña. De esta manera los intereses sudamericanos en Londres y los británicos en Buenos Aires se convirtieron en factores de gravitación en la política de las dos

¹⁹ Klaus Gallo, *De la invasión al reconocimiento*, cit.

²⁰ Klaus Gallo, *Las invasiones inglesas*, cit.

²¹ Rodolfo Puiggrós, *Rosas el pequeño*, Pueblos Unidos. Montevideo, 1944.

capitales²². A pesar de los vaivenes de la política revolucionaria, la comunidad británica en la región aumento constantemente. Woodbine Parish informo a Canning que en 1824 había 1355 personas de origen británico declaradas, llegando a 4072 en 1831, siendo los comerciantes las figuras rectoras de la colonia.

La mayoría de las acciones del primer banco de Buenos Aires, creado en 1822, estuvieron en determinados momentos en las manos de súbditos británicos, siendo William Parish Robertson su Director desde fines de 1823. William y su hermano John provenían de una rica familia escocesa y llegaron a tener una posición encumbrada dentro de la comunidad mercantil de la región, participando en las negociaciones que llevaron al famoso empréstito Baring. Además favorecieron la inmigración de sus connacionales escoceses. Durante 1830 y 1840, debido en gran parte a la peste de la papa, llegaron al Río de la Plata campesinos y pastores irlandeses que se especializaron sobre todo en la cría de lanares, mientras que la inmigración galesa fue posterior a Caseros. De los residentes británicos, los ingleses fueron siempre los que se consideraron más prestigiosos y fueron los más protegidos²³. En general, la mayor parte de la colonia británica estaba instalada en las ciudades ocupando posiciones preponderantes en el alto comercio, lo que no impidió que, conscientes de los beneficios que podrían acarrear las actividades pecuarias, muchos invirtieran en la compra de tierras y en la cría de ganado bovino y ovino²⁴.

Sin embargo, el dominio comercial británico fue disminuyendo a medida que otras naciones comenzaron a comerciar libremente con Buenos Aires. En 1860 solamente 1/5 de los importadores-exportadores eran británicos²⁵. Pero es a partir de esa época en que la inserción en la órbita comercial y financiera británica hizo que, como lo expresara Ferns 'la Argentina llegara a ser uno de los pilares de la economía británica'²⁶. Ello coincidió con el incremento del flujo de capitales y de las inversiones en el extranjero de los países dominantes que se produjo sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX. Gracias a los ferrocarriles, a las compañías frigoríficas y a las estancias de propiedad británica, en algunos momentos la colonia de la Argentina llegó a ser una de las más numerosa fuera del Imperio, aunque siempre pequeña con respecto a la población total.

Al mismo tiempo que en la Argentina, una comunidad británica, aunque menos numerosa, se fue constituyendo en la Banda Oriental. El hecho de que Gran Bretaña había

²² Ernesto J. Fitte, *El precio de la libertad*, Emecé. Buenos Aires, 1965.

²³ Rodolfo Puigros, *Rosas el pequeño*, cit.

²⁴ Andrés Gram.-Yoll, *La colonia olvidada*, Emecé, Buenos Aires, 2000 y Jonathan C. Brown, *A socioeconomic history of Argentina. 1776-1860*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

²⁵ Ernesto J. Fitte, *El precio de la libertad*, cit.

²⁶ Henri S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968

firmado un tratado de amistad y comercio ventajoso con Buenos Aires, lo cual no había sido posible con la otra orilla durante la presidencia de Oribe, podría explicar la preferencia de los inmigrantes británicos por Buenos Aires. Esto no fue un obstáculo para que también en Montevideo los comerciantes británicos pudieran desarrollarse exitosamente.

El mejor ejemplo de ese éxito está ilustrado en el caso de Samuel Fischer Lafone, nacido en Liverpool y llegado a Buenos Aires en 1825. Luego de los problemas suscitados por su casamiento en 1832 con una católica romana, Lafone con su esposa emigraron a Montevideo. Rápidamente su casa de comercio creció enormemente, convirtiéndose además en un poderoso terrateniente. Lafone se ocupó de traer colonos europeos, fue uno de los fundadores del Banco Comercial, construyó el primer molino de vapor del país, tuvo un saladero en la bahía de Montevideo, fue dueño de la península que hoy es el balneario de Punta del Este, además de ser el propietario de las minas de Cunapiru, teniendo intereses mineros en las provincias argentinas de Catamarca y Córdoba. Más adelante lo veremos participando en los negociados que parcialmente financiaron al gobierno de Montevideo durante la Guerra Grande²⁷.

FRANCIA, LOS FRANCESES Y EL RIO DE LA PLATA

FRANCIA

La Revolución de 1830 instaló en el poder, en lugar de una aristocracia revanchista que no había dudado en defender la monarquía absolutista de Fernando VII, a una burguesía que volvía al poder de la mano de un orleanista, rompiendo el derecho dinástico. Durante la Monarquía de Julio, época en la que el desarrollo industrial francés tomó vuelo, los gobiernos se sucedieron rápidamente, signo de un periodo de crisis económica, de agitaciones populares y del resurgimiento del bonapartismo. Dichos gobiernos fueron encabezados por personajes como Périer, Molé, Thiers, Soult, Guizot.

En 1846 comenzó la crisis económica y financiera más grave del siglo, que provocó una ola revolucionaria en casi toda Europa. Al abdicar Luis Felipe, la República fue proclamada el 25 de febrero de 1848, y al ambiente de exaltación humanista y altruista que la siguió, le sucedieron las dificultades económicas y financieras que provocaron turbulencias. La constitución de 1848 dio lugar a una república gobernada por un Presidente y una

²⁷ Rodolfo Puiggros, *Rosas el pequeño*, cit.

Asamblea Legislativa. Las elecciones fueron ganadas por el príncipe Luis-Napoleón Bonaparte, generando la constitución del 15 de enero de 1852 un gobierno fuerte. El Segundo Imperio fue proclamado el 2 de diciembre de 1852, convirtiéndose el Presidente en el emperador Napoleón III²⁸.

En 1815, Luis XVIII había recuperado los restos de lo que fue el primer Imperio Colonial. Durante Luis Felipe, Francia quiso sobre todo estar presente en el mundo para proteger a sus comerciantes, consciente de la poca capacidad del país para establecer nuevos establecimientos coloniales a grandes distancias. Guizot, en un discurso del 31 de Marzo de 1842 fue claro en ese sentido, considerando indispensable poseer en los puntos del globo destinados a ser grandes centros comerciales y de navegación, estaciones marítimas destinadas a servir de apoyo al comercio francés. Es solamente bajo Napoleón III que se sentaron las bases del segundo Imperio Colonial Francés²⁹.

Desde siempre un número importante de viajeros, contrabandistas y corsarios franceses surcaron los mares del sur y la región del Río de la Plata. Los corsarios incursionaban y obtenían presas sin trabas, y a principios del siglo XIX, muchos de ellos llegaban a Montevideo para vender sus botines o para abastecerse y efectuar reparaciones o para renovar sus tripulaciones³⁰.

Mientras que durante la Revolución Francesa el compromiso de Francia con Hispanoamérica fue insignificante, Napoleón acarició planes de expansión sobre las colonias. Pero la situación imperante en España y en Europa hizo que Napoleón se desinteresara justo en el momento en que esas colonias manifestaron sus deseos de independencia³¹.

Vencido Napoleón, la historia ofreció una última chance a los Borbones³². Pero, así como el Corso había propiciado la independencia de las colonias españolas, Luis XVIII no podía tener el mismo razonamiento, aunque consideraba que por la fuerza de los hechos la independencia llegaría a ser una realidad. Lo que deseaba es que ese hecho no llegara a ser peligroso para el orden en Europa, por lo que propició la creación de monarquías, tratando de evitar la creación de repúblicas. Los planes de Luis XVIII acerca de una monarquía en el

²⁸ Pierre Renouvin, *Histoire des Relations Internationales*, Tome 5, *Le XIX siècle*, cit. ; Marc Ferro, *Histoire de France*, Odile Jacob, París, 2001; François Furet, *La Révolution II, 1814-1880*, Hachette, París, 1988.

²⁹ Marc Ferro, *Histoire des colonisations, Des conquêtes aux indépendances. XIIIe-XXe siècle*, Editions du Seuil, París, 1994.

³⁰ Joseph Perez, *Histoire d'Espagne*, Fayard. París, 1996; José M. Mariluz Urquijo, *El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marques de Avilés (1700-1801)*, Plus Ultra, 2ª edición, Buenos Aires, 1987.

³¹ William Spence Robertson, *France and Latinamerican Independence*, The John Hopkins Press. Baltimore, USA, 1939; Mario Belgrano, *Napoleon et l'Argentine: La mission Sassenay*, *Revue des Etudes Napoléoniennes*. Mai-Juin 1925. París ; Vicente D. Sierra, *Historia de la Argentina*. IV, Científica Argentina, Buenos Aires, 1984.

³² François Furet, *La Révolution II, 1814-1880*, cit.

Plata, dieron lugar a una serie de transacciones más o menos secretas, de las cuales fue informado el zar Alejandro I, quien sabiendo de la intransigencia de Fernando VII, se negó a propiciarlas. Estas negociaciones terminaron abruptamente en 1820, dentro de un marco de mutuas acusaciones de intrigas y traiciones entre París, Londres y Madrid³³.

En abril de 1815 España había enviado una flota para enfrentar la insurrección en Venezuela, y los rumores crecían de que seguiría otra destinada a acabar con el levantamiento en el Río de la Plata. A eso apuntaba la organización de una escuadra estacionada en Cádiz. No era de extrañar entonces que los primeros gobiernos patrios, trataran de retardar o evitar el envío de esa famosa flota. El levantamiento de Riego de 1820 terminó con el peligro de esa expedición, aunque Fernando VII siempre se negó a reconocer la independencia rioplatense.

En Francia, fue Luis Felipe quien la reconoció el 30 de septiembre de 1830, pero cometiendo el error de no negociar, como lo había hecho el Reino Unido, tratados de amistad y comercio, lo cual hubiera ahorrado muchos de los problemas que surgieron luego. Previamente había sido nombrado primer Cónsul de Francia en la región, Jean-Baptiste W. de Mendeville, esposo de Mariquita Sanchez de Thompson.

Es interesante analizar las relaciones franco-inglesas durante la Monarquía de Julio, ya que los acontecimientos acaecidos en el Río de la Plata, estuvieron fuertemente vinculados con esas relaciones. El asunto más importante se planteó en el Oriente Medio, ya que los problemas surgidos entre el virrey de Egipto, Mehemet Ali, y el sultán de Turquía interfirieron directamente entre las dos potencias. Las ambiciones territoriales de Ali, ligado estrechamente a Francia, chocaban con los intereses británicos, quienes frente a la derrota de los turcos, sin discutir con los franceses, se arreglaron con los estados de la Santa Alianza para imponer una verdadera rendición al virrey en julio de 1840. Frente a la humillación, una parte de la opinión y de la prensa francesa exigió al presidente Thiers una guerra para defender a Egipto, pero Luis Felipe terminó con la crisis obteniendo en octubre la renuncia de Thiers. Mehemet, abandonado por Francia, debió devolver Siria, Arabia y Creta, conservando solamente Egipto a título hereditario.

Por otro lado, desacuerdos comerciales y rivalidades se manifestaron en España, Bélgica, Africa del Norte, Grecia, Portugal, Tahiti (caso Pritchard). Las visitas de la reina Victoria a Francia, y la de Luis Felipe a Inglaterra no fueron suficientes para resolver todos los problemas. Sin embargo, a pesar de todo ello, esta época fue un momento positivo en la relación entre Gran Bretaña y Francia, fue la primera '*entente cordial*'.

³³ Miguel Cané, *La diplomacia de la Revolución*, Devenir, Buenos Aires, 1960; Mario Belgrano, *La Francia y la Monarquía en el Plata (1818-1820)*, Librería de A. García Santos, Buenos Aires, 1933.

LOS FRANCESES

Fue el arribo de los Borbones a España, así como los Pactos de Familia, los que favorecieron la llegada al Río de la Plata de unos pocos franceses, en general aventureros, pero también algunos artesanos. El movimiento migratorio galo fue poco significativo hasta 1820, radicándose negociantes, mercaderes, artesanos, profesiones liberales. A partir de entonces el número de inmigrantes aumentó sensiblemente, llegando además capitalistas y agricultores, que compraron estancias y se ocuparon de la cría de ovejas. Ya en 1829 se observaba en Buenos Aires una cantidad de franceses bastante considerable. Love, un inglés que vivió en Buenos Aires entre 1820 y 1825³⁴, describió una colonia francesa próspera que competía comercialmente con la británica, coincidiendo con los balbucesos de la implementación en la región de una política inmigratoria oficial³⁵. Es a partir de 1830 que se produjo un movimiento inmigratorio importante hacia Montevideo, que se canalizó luego hacia Buenos Aires, siguiendo las peripecias de la Guerra Grande. Fue una marea inmigratoria legal y clandestina. Se calcula que entre 1815 y 1852 partieron hacia los países del Plata unos 60.000 franceses (muchos de ellos vascos y bearneses)³⁶. Según Sarramone³⁷, en la provincia de Buenos Aires había 4.000 franceses en 1839, 12.000 en 1842 y 25.000 en 1854. Estas cifras concuerdan con las de Xavier Marmier³⁸, y fueron en aumento llegando a casi 95.000 en 1895. Entre 1837 y 1842, 15.000 franceses se radicaron en Montevideo, mientras que en toda la ciudad con sus suburbios había 40.000 habitantes, de los cuales durante el sitio solo 11.431 eran orientales³⁹.

Comercio, inversiones e industrias fueron las actividades en las cuales los franceses se destacaron en las dos márgenes del Plata. En estos países, los franceses formaron una poderosa comunidad mercantil que facilitó el intercambio entre los dos continentes. Un ejemplo interesante está dado por el hecho de que desde que se exportaron a Francia en 1842 las primeras remesas de lana, durante un cierto tiempo, se organizaron centros industriales y manufactureros en el Tarn y los departamentos vecinos, que vivieron casi exclusivamente de

³⁴ *Un inglés. Cinco años en Buenos Aires, 1820-1825*. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1962.

³⁵ Presidencia del Uruguay, *Francia-Uruguay: Historia de sus confluencias*. Montevideo, 1987.

³⁶ Estos inmigrantes vascos y bearneses –como sus contemporáneos irlandeses– acompañaron el crecimiento del ganado ovino [N.del E].

³⁷ Alberto Sarramone, *Los abuelos que vinieron de Francia*, Biblos Azul, Azul, 1999 y *Los abuelos bearneses y gascones*. Biblos Azul. Azul, 2001.

³⁸ Xavier Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, El Ateneo, Bs.As, 1948.

³⁹ Domingo F. Sarmiento, *Viajes (1845-1847)*. Vol. V, Universidad de la Matanza, Buenos Aires, 2001.

la explotación de las lanas del Plata⁴⁰. Las inversiones francesas en la región hasta 1914 formaron parte de los movimientos internacionales de capital, que se acrecentaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Los capitales franceses ocuparon el segundo lugar en la Argentina, detrás de los británicos⁴¹.

ANTES DEL SITIO

Las estaciones navales

Para las potencias líderes, las estaciones navales, se justificaban con el pretexto de proteger a sus conciudadanos de posibles atropellos en tiempos de paz o de guerra. En realidad, no fueron más que uno de los medios utilizados según la región, para proteger sus intereses económicos o sus pretensiones hegemónicas.

La ausencia de relaciones diplomáticas con las nuevas repúblicas sudamericanas hizo que los ‘comodoros’ en el Río de la Plata, debieran ejercer funciones atribuidas a diplomáticos. La situación cambió en 1824 al reconocer Gran Bretaña la independencia de las Provincias Unidas, quedando en manos del cónsul Woodbine Parish, la defensa de sus intereses. Luego del diferendo que tuvo en el año 1821 el comodoro D. H. O’Brien con el entonces Gobernador de Buenos Aires Martín Rodríguez, acerca del alistamiento militar de los extranjeros, al cual se oponía el británico, la relación de los gobiernos patrios con los comodoros fue relativamente tranquila.

La relación con los agentes navales franceses fue más conflictiva ya que dio lugar al bloqueo de Buenos Aires en 1838, y a la intervención con Gran Bretaña durante la Guerra Grande (53). Pero la primera agresión francesa en el Río de la Plata, efectuada por el vizconde Cornette de Venancourt, se produjo durante el gobierno revolucionario que derrocó a Dorrego a fines de 1828. Antes de ello, en 1822 y 1823, hubo algunos incidentes, pero que no llegaron a mayores.

Luego de la acción de Venancourt, la relación con los marinos franceses transcurrió sin sobresaltos por un tiempo, para resurgir en 1837. Pero en ese periodo, el país hubo de sufrir otros agravios, siendo el más grave el acaecido⁴² el 3 de enero de 1833, cuando el

⁴⁰ E. Daireaux, « La colonie française de Buenos Ayres », *Revue de Deux Mondes*, Octubre 1884.

⁴¹ Andrés Regalsky, *Mercados, inversores y élites. Las inversiones francesas en la Argentina 1880-1914*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Tres de Febrero (provincia de Buenos Aires), 2002.

⁴² Hector R. Ratto, *Jefes Navales de la Intervención Francesa en el Plata (1829-1852)*, Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina- XVIII. Buenos Aires, 1947; Ernesto J. Fitte, *La agresión francesa a la escuadra argentina en 1829*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1976.

buque inglés Clio, que había partido de Río de Janeiro bajo el mando del capitán Onslow, siguiendo las ordenes de Palmerston, izó el pabellón británico en las islas Malvinas, expulsando las autoridades designadas por el gobierno de Buenos Aires, y ocupando de esa manera el archipiélago.

El primer bloqueo francés de Buenos Aires y como se llegó a Arroyo Grande

Después de la creación del estado independiente en la Banda Oriental, el comercio francés y la inmigración de sus nacionales crecieron allí rápidamente. Poco a poco, y gracias a su posición geográfica, Montevideo había conseguido desplazar a Buenos Aires en las relaciones directas con el comercio europeo, de tal manera que las mercaderías importadas de ultramar llegaban a Buenos Aires en buques de cabotaje, y su Aduana no cobraba impuestos especiales a las mercaderías traídas de la Banda Oriental. Los franceses entraban sus productos en Montevideo, en donde los cambiaban por productos del país, y en parte los reembarcaban a la Confederación, donde los vendían por metálico. ‘El perjuicio era doble para Rosas: el puerto de Buenos Aires perdía el monopolio de las importaciones y disminuía la salida de los frutos de la campaña bonaerense, acrecentándose la extracción de metálico lo que traía una mayor desvalorización del papel moneda’. Esto perjudicaba el comercio de importación. Se explica así el decreto agregado a la ley de Aduana del 4 de marzo de 1836, que aumentaba un 25% el precio de las mercaderías de ultramar transbordadas desde Montevideo. Esto no fue apreciado por los orientales, a pesar de las relaciones amistosas que sostenían Rosas con Oribe, en esos momentos en el poder⁴³.

En cambio, ya desde las tentativas de Lavalleja por hacer caer al gobierno de Rivera, las relaciones de Rosas con el ‘pardejón’ fueron tirantes. Por lo que rápidamente se instaló una asociación entre los unitarios refugiados en la Banda Oriental y Rivera por un lado, y los federales argentinos y Oribe por el otro. Este periodo crucial en la historia de las dos bandas del Río de la Plata ha sido minuciosamente estudiado por destacados historiadores de distinta tendencia⁴⁴, por lo que solo presentaremos rápidamente los movimientos insurreccionales desatados contra Rosas en esa época. En dichos movimientos, los unitarios, agrupados en la llamada Comisión Argentina creada en diciembre de 1838, contaron (no siempre) con el apoyo de Rivera, y con el dinero y la fuerza de las armas de la escuadra francesa estacionada en el Plata. La intervención francesa sobrevino por la acción de un joven e inexperto vice

⁴³ Rodolfo Puiggrós, *Rosas el pequeño*, cit.

⁴⁴ Gabriel A. Puentes, *La intervención francesa en el Río de la Plata*, Teoría, Buenos Aires, 1958; John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850)*, Losada, Buenos Aires, 1943.

cónsul, Roger Aimé, que protestaba contra el hecho de que Francia no era considerada por Rosas como nación más favorecida. Esto unido a las posibles o verdaderas exacciones ejercidas contra un cierto número de nacionales franceses (César Bacle, Pedro Lavié, Blas Despouy). Frente a la resistencia ofrecida por el gobierno de Rosas a ceder a las exigencias del vice cónsul, y habiendo fracasado la mediación del ministro británico John Henry Mandeville, el almirante Louis F. J. Leblanc, comandante en jefe de la escuadra en el Atlántico Sur, declaró el bloqueo del puerto de Buenos Aires y de la costa bonaerense en marzo de 1838, además de colaborar con las tropas de Lavalle, al mando del ejército ‘libertador’ destinado a derribar a Rosas.

Al negar un punto de aprovisionamiento en Montevideo a la escuadra francesa, Oribe se había puesto en contra de los planes franceses, lo cual favoreció los de Rivera para arrebatárle el poder, en octubre de 1838. En ese mes los franceses, junto a tropas riveristas habían tomado Martín García, asegurándose axial el dominio del acceso al Paraná y al Uruguay. El ‘pardejón’, nuevamente presidente, declaró la guerra a Rosas en febrero de 1839. Al mismo tiempo, el gobernador de Corrientes, Berón de Astrada, se rebeló contra Rosas declarándole igualmente la guerra. Pero, sin la ayuda prometida por Rivera, (¿traicionado por él?), y en ausencia de los levantamientos en el litoral prometidos por la Comisión Argentina, su ejército fue destrozado por Echagüe en Palo Largo el 31 de marzo, pereciendo él mismo y miles de correntinos. El año 1839 fue particularmente duro para los que luchaban contra Rosas. Así, fue desbaratada la conjuración del coronel Ramón Maza, hijo del presidente de la Sala de Representantes Manuel Vicente Maza, que había sido uno de los más fieles servidores del tirano hasta su asesinato. La falta de coordinación con el ejército de Lavalle hizo también que la Revolución de los Libres del Sur de los estancieros de Dolores, Chascomus y Monsalvo, duramente golpeados por el bloqueo francés, fuera derrotada por los federales en octubre de 1839, siendo aniquilados la mayoría de sus líderes. Previamente, la muerte de Estanislao López en junio de 1838, había favorecido los planes de Rosas, y un año después, su ex ministro Domingo Cullen, fue fusilado en Arroyo del Medio⁴⁵. El único revés importante sufrido por las tropas federales fue en Cagancha el 29 de diciembre de 1839, en donde Rivera derrotó a Echagüe.

Como a lo largo de todo el gobierno de Rosas, en los momentos de crisis el terror se manifestó, y no fueron una excepción los años 40. La Sociedad Popular Restauradora ya había aparecido durante la lucha contra los federales disidentes en 1832-33. El brazo armado de esta

⁴⁵ José Luis Busaniche, *El bloqueo francés de 1838 y la Misión Cullen*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Peuser, Buenos Aires, 1934.

Sociedad era la Mazorca. Lynch definió el terror rosista como ‘instrumento de gobierno para eliminar enemigos, para disciplinar disidentes, para advertir a los irresolutos y, finalmente, para controlar a sus propios partidarios’...’el terror no era anárquico’...’no era masivo ni continuado, sino limitado y esporádico’...’lo regulaban según las circunstancias’. Según los casos, se utilizaban las intimidaciones, las vejaciones, los asesinatos, los fusilamientos, las confiscaciones⁴⁶. La amplitud de las insurrecciones contra el sistema rosista y el sistema de represión instaurado en esos años, hicieron que esa época fuera un periodo dramático para los bonaerenses.

Fue evidente que el bloqueo francés afectó la economía de Buenos Aires, al mismo tiempo que los intereses ingleses⁴⁷. Durante el bloqueo, en Gran Bretaña tanto los políticos como los comerciantes se manifestaron en oposición a la política de expansión francesa en América Latina (México y el Río de la Plata). Pero lord Palmerston, a cargo de la política exterior, no quería perturbar la alianza anglo-francesa por un problema que consideraba secundario en comparación con lo que sucedía en el Oriente Medio, por lo que en el Río de la Plata, se inclinó por la mediación⁴⁸.

Por su parte Rosas, ya en el momento de la ruptura de relaciones con Leblanc, se había acercado a Mandeville con el deseo de contar con la diplomacia británica para solucionar el litigio, otorgándole, para congraciarse, varios favores a los británicos, como por ejemplo exceptuándolos del requisito de renunciar a su ciudadanía que los extranjeros debían cumplir al casarse con nativos. Por otro lado, grupos influyentes y el London Times, sumados a más de 300 comerciantes, armadores y banqueros de Londres denunciaron los perjuicios acarreados por el bloqueo.

Para acentuar la presión sobre Rosas, se decidió enviar una importante expedición bajo el mando del “héroe” de San Juan de Ulloa, el almirante Baudin. Frente a este anuncio, Palmerston, en un manuscrito de 134 páginas elaboró un informe muy agresivo sobre la intervención francesa que fue enviado al gobierno galo en junio de 1840. La publicación de este informe hubiera podido tener consecuencias graves para el gobierno francés. Luis Felipe, deseoso de no enemistarse con Gran Bretaña, decidió dar un paso atrás con la expedición de Baudin, anunciándole que lo enviaba con solamente 500 hombres, lo cual disgustó al almirante quien fue entonces excluido de la empresa. Frente a la firma del Tratado con el cual se resolvió la cuestión de Oriente dejando al margen a Francia, el gobierno francés dispuso

⁴⁶ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, Emecé, Buenos Aires, 1984.

⁴⁷ Rodolfo Puiggrós, *Rosas el pequeño*, cit.; Ernesto Quesada, *Lamadrid y la Revolución del Norte*. Artes y Letras. Buenos Aires, 1926.

⁴⁸ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, cit.

enviar al Río de la Plata al vice-almirante Angel René Armand, barón de Mackau. Las instrucciones que llevaba eran que llegase a un acuerdo siempre que Lavalle no estuviera triunfando sobre los federales. Se debía poner fin al apoyo financiero a Lavalle y Rivera, y no debía considerarse a Francia aliada con sectores locales, ya que ‘habían sido tomados como auxiliares traídos por acontecimientos imprevistos’. Finalmente, el 29 de octubre de 1840 fue firmado un Tratado en el que quedaban reconocidos los reclamos franceses y los pedidos de indemnización cuyo valor quedaba bajo la discusión de un tribunal arbitral. Los franceses levantaban el bloqueo, dejaban Martín García a la Confederación (lo que desagradó a los orientales), y se devolvían dos buques de guerra capturados. Por otro lado, los unitarios que abandonasen las actitudes hostiles podrían volver al territorio de la Confederación. Esta debería respetar la libertad dada en 1828 al Estado Oriental de constituirse en Estado libre e independiente, pero en la forma que lo juzgara más conveniente a sus intereses, sus necesidades y recursos (‘sin detrimento del derecho natural que tenía de afirmar en caso necesario la justicia, el honor y la seguridad argentinas’)⁴⁹. Con respecto a este capítulo del Tratado, Rosas escribió rápidamente al general Angel Pacheco, destacando para que se lo transmitiese a Oribe que: ‘el artículo sobre la República Oriental nos deja en libertad para continuar la guerra...’⁵⁰. Finalmente, se afirmaba que los franceses en la Confederación y los argentinos en Francia serían considerados como eran o podrían serlo los súbditos de la nación más favorecida, pero no podrían reclamar beneficios civiles o políticos más extensos que los que se acordasen a ciudadanos de otros países sudamericanos.

En abril de 1841 fue firmada la convención de las indemnizaciones, pero ya el 15 de abril de 1842 el vice-delegado de los franceses del Plata, John Le Long había enviado un documento a las Cámaras Legislativas francesas en el que aseguraba que nada se había arreglado con el tratado firmado por Mackau sobre el problema de las indemnizaciones. La continuación del estado de guerra entre la Confederación y la Banda Oriental, con el pillaje y la destrucción de pertenencias francesas, fue también evocada mediante presentaciones de las Cámaras de Comercio de Burdeos, Bayona, Saint Malo a distintos Ministerios. Los principales negociantes que comerciaban con el Río de la Plata firmaron una petición a la Cámara de Comercio de París inquietándose de la ‘triste posición ‘en que se encuentran el comercio y los connacionales’ en el Plata⁵¹.

⁴⁹ John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850)*, cit.

⁵⁰ Ernesto Quesada, *Lamadrid y la Revolución del Norte*, cit.

⁵¹ John Le Long, *Renseignements sur les affaires de la Plata depuis la signature du traité de Buenos Ayres*, Impr. de Veuve Doudey-Dupré. París, 1842.

Terminado el bloqueo francés, los años 1841 y 1842 vieron el aniquilamiento de los ejércitos de Lavalle y el de la Liga del Norte. Al mismo tiempo el conflicto entre Buenos Aires y Montevideo se extendió a las actividades navales. Durante esos años, el almirante Brown, nombrado Comandante Naval en Jefe de la Confederación, guerreó con las naves riveristas comandadas por Coë en el Plata y por Garibaldi en el Paraná. El guerrero italiano, luego de haber franqueado Martín García y pasado frente a Rosario, fue completamente derrotado por Brown en Costa Brava, cerca de Esquina. Con esta victoria, las tropas federales también quedaron dueñas de los ríos.

La posición de Gran Bretaña en el Río de la Plata quedó consolidada luego del tratado Arana-Mackau, al mismo tiempo que la de los franceses perdía prestigio e influencia. Incluso, muchos de los reclamos presentados por el representante francés Lefebvre de Belcourt a la Comisión de indemnizaciones fueron desechadas por Rosas⁵². Una ofensiva de acercamiento de los orientales a Gran Bretaña llegó hasta la proposición de que asumiera el protectorado del país, pero esa idea fue descartada por Palmerston; lo que interesaba a los británicos era obtener un Tratado de Comercio anteriormente rechazado por Oribe. Finalmente ese tratado fue firmado en Londres el 25 de agosto de 1842 por el reemplazante de Palmerston, lord Aberdeen. Este formaba parte del gobierno de sir Roberto Peel, surgido de las elecciones de junio de 1841. Contrariamente a Palmerston que no se entendía con el ministro de Relaciones Exteriores francés Guizot, Aberdeen favorecía las relaciones con Francia, por lo que a pesar de los problemas que existían, se trató de renovar *la entente*, y el problema del Río de la Plata daba la posibilidad de ejercer una actividad conjunta. Siguiendo las instrucciones de sus cancillerías y a pedido del gobierno oriental, los diplomáticos Mandeville y de Lurde, realizaron gestiones oficiales ante Rosas con el fin de llegar a un arreglo entre los beligerantes, sin éxito.

Los buques de guerra franceses y británicos estacionados en la región, se encontraron entonces con dos problemas, el de las operaciones emprendidas por Brown contra la escuadra riverista, y el del dominio de los ríos interiores, que se había manifestado ya en 1840, luego de la muerte del dictador Gaspar Rodríguez de Francia, con el deseo de salir del aislamiento por parte del Paraguay⁵³.

Llegamos así al comienzo del sitio de Montevideo. A los pocos días de Arroyo Grande, Mandeville y el ministro francés conde de Lurde, habían emitido un comunicado en el cual preconizaban la realización de un armisticio, mientras que los jefes navales recibían la

⁵² Jorge C. Bohdziewicz, *Rosas y Lefebvre de Bécourt*, Scholastica. Buenos Aires, 1994.

⁵³ Hector R. Ratto, *Jefes Navales de la Intervención Francesa en el Plata (1829-1852)*, cit..

orden de defender a sus connacionales en Montevideo, por lo tanto, para proteger los bienes de los extranjeros, así como a la Aduana, administrada por un consorcio extranjero, fueron desembarcados marinos franceses y británicos.

EL SITIO

Los primeros tiempos

El dominio de las aguas de los ríos por parte de Rosas, decidió a los federales enviar a la escuadra de Brown a efectuar el bloqueo marítimo de Montevideo. De esta manera, asediados por tierra y por mar, poco podrían hacer los defensores de la ciudad para impedir el triunfo de Oribe. Frente a esos acontecimientos, los gobiernos británico y francés decidieron adoptar por el momento una línea de estricta neutralidad, lo cual no fue aceptado por el comodoro británico Brett Purvis, quién impidió la acción de las naves federales⁵⁴, y exigió y obligó a revocar el decreto de Oribe del 1 de abril de 1843 por el cual se declaraba que no se respetarían los bienes ni las vidas de los extranjeros que tomaran partido al lado de los ‘salvajes unitarios’. Paradójicamente, ese decreto reforzó la organización de las legiones extranjeras. La más numerosa, la Legión Francesa, estaba comandada por un antiguo subteniente de artillería bonapartista, Juan Crisóstomo Thiébaud. Al principio utilizaron la bandera y distintivos franceses, lo cual constituyó un problema para el cónsul Pichon. Guizot ordenó desarmar a la legión bajo pena de desnacionalizar a los legionarios, pero Massieu de Clerval se negó a cumplir la orden, siendo reemplazado por el almirante Lainé, quien en abril de 1844 intimó a los legionarios a dejar las armas. Estos renunciaron entonces a la nacionalidad francesa y se constituyeron en batallones de la Guardia Nacional de Montevideo⁵⁵. En 1843 los franceses en armas eran alrededor de 2500, mientras que en octubre de 1851 la legión estaba constituida todavía por 1860 individuos.

Los primeros momentos del sitio se caracterizaron por algunas guerrillas, las escaramuzas entre distintas partidas fueron frecuentes. En general, esa fue la realidad durante muchos periodos, es evidente que constantemente morían soldados, y que las luchas en las llamadas Líneas, en la tierra de nadie entre los puestos de avanzada de ambos lados, podían

⁵⁴ Mariano A. Pelliza, *La dictadura de Rosas*, cit.

⁵⁵ Hector R. Ratto, *Jefes Navales de la Intervención Francesa en el Plata (1829-1852)*, cit.

llegar a ser feroces, pero no había una obsesión sobre un posible choque armado de envergadura⁵⁶. Incluso luego de los primeros años, la virulencia de los combates disminuyó, con periodos de calma sobre todo en momentos en que se realizaban negociaciones de paz, incluso con largas treguas como entre 1848 y septiembre de 1851. Como habíamos dicho, las líneas fortificadas iban de mar a mar, entre la playa de la Aguada hasta el Cementerio Central. A fines de 1844, los sitiados lograron conquistar 20 cuadras de profundidad, construyendo una línea de baterías entre la Aguada y la playa Ramírez. Las fortificaciones eran construcciones rudimentarias, constituidas por piedras y ladrillos, con pisos de madera, rodeadas por fosos, y paredes reforzadas con bolsas de arena. En el Cerrito, la principal de las fortificaciones fue la llamada Fortaleza del Cerrito, situada donde hoy se levanta la Iglesia del Sagrado Corazón. La artillería funcionaba de tiempo en tiempo, ya que Oribe intentó evitar la destrucción de la ciudad, aunque existieron edificios en ruinas y víctimas civiles⁵⁷. En los momentos en que Brown estuvo frente a Montevideo, su artillería fue prácticamente inocua. Así por ejemplo, en el diario de Ramón Lista se nota que en agosto de 1844 hubo 136 tiros de cañón de tierra y solo 25 de la escuadra rosista⁵⁸.

Como dijimos, el ejército sitiador se emplazó en el Cerrito, donde, acompañándolo, se instalaron el Poder Ejecutivo oribista y los otros poderes. El Buceo fue utilizado como Puerto del Estado a partir del decreto del 10 de julio de 1843, en sustitución del de Montevideo. A pesar de ser demasiado abierto y expuesto, llegó a tener enorme importancia. Además, existía un tráfico intenso de botes entre el Buceo, la Teja y Montevideo, lo cual facilitaba la presencia de espías de ambos lados, llevando cartas e informes por conductos más o menos secretos. Esto sucedía incluso por tierra. Otros puertos utilizados fueron Carmelo, Mercedes, Paysandú, Salto y Colonia, aunque en determinados momentos algunos de ellos pasaron a poder de la Defensa. Cuando a mediados de 1845, la intervención franco-británica anuló el bloqueo federal de Montevideo y en cambio comenzó con el del Buceo y de otros puertos orientales, Oribe trasladó la Administración General de Aduanas bajo su jurisdicción a Melo, en Cerro Largo.

Durante el periodo 1843-1844 los partes de guerra de Oribe llevaban el lema: ¡Viva la Confederación Argentina, mueran los salvajes unitarios! O bien ¡Oribe, leyes o muerte! Para contrarrestar los argumentos que afirmaban que en realidad era Rosas el que sitiaba Montevideo, en abril de 1845 se anunció que los partes comenzarían con la frase

⁵⁶ Coronel Ramón Lista Viamonte, *Diario de la Guerra Grande (1/08/44-31/10/51)*, Dirección General de Extensión Universitaria, Montevideo, 1984.

⁵⁷ *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales...*, cit.

⁵⁸ Coronel Ramón Lista Viamonte, *Diario de la Guerra Grande*, cit.

siguiente ¡Vivan los defensores de las leyes, mueran los salvajes unitarios! El diario oficial del Cerrito, 'El Defensor de la Independencia Americana', explicaba que el uso de los distintivos rosistas por parte de Oribe, simbolizaba la unión entre las dos naciones.

Durante los primeros momentos del sitio, el bloqueo parcial del puerto de Montevideo decretado por Rosas, careció de eficacia, ya que las naves de guerra británicas y francesas quedaban libres de toda intervención. Debido a la política de neutralidad del gobierno británico, Purvis, en contradicción con su cancillería y con Mandeville, tuvo que dejar el Plata en junio de 1844.

El testimonio de Mariquita Sánchez, refugiada en esos momentos en la ciudad sitiada, es ilustrativo del ambiente reinante en cierta sociedad. 'El sitio de Montevideo empezaba a sentirse; en lo de Pepita Cavaillon (en donde vivía) no hay plata, falta de todo y la dieta cotidiana es a base de porotos y pescado; la gente pobre come hasta caballos, gatos y perros; hay hospitales de heridos y de convalecientes atendidos por damas de caridad; nadie tiene dinero, contra el frío el recurso son los mitones...'. Pero en la ciudad sitiada no faltaban diversiones... El almirante francés recibía a bordo del buque enseña, navío lleno de comodidades, desde la sala 'divinamente amueblada del Almirante', hasta las cocinas, donde 'el olor de lo que hacían resucitaba', con comida a base de 'jamón, ostras, salmón, pasteles, dulce, manteca y biscochos'⁵⁹.

Durante la rebelión de Río Grande⁶⁰, y frente al gobierno riverista instalado en la Banda Oriental, el Imperio del Brasil había propuesto a Rosas una colaboración para solucionar juntos los dos problemas. En el mismo sentido, el embajador de la Confederación en Río, el general Tomas Guido, elaboró un tratado tratando de establecer una alianza entre los dos Estados, cuando se produjo el cruce del Uruguay por Oribe. Con respecto a los riograndenses, Rosas estaba en contra de los revolucionarios por el contenido antiesclavista y antifeudal que reivindicaban, temiendo por la posibilidad de la extensión de esos sentimientos. Esto explica su posterior posición contra Lincoln en su 'injusta lucha antiesclavista'⁶¹. Frente a la hipótesis de que el tratado propuesto por Guido diera la posibilidad al Imperio de intervenir en la Banda Oriental, Rosas no aceptó firmarlo⁶². En cambio, las discusiones surgidas por el bloqueo de Montevideo entre el embajador brasileño en Buenos Aires y Rosas hicieron que las relaciones diplomáticas quedaran interrumpidas.

⁵⁹ María Sáez Quesada, *Mariquita Sánchez*, Ed. Sudamericana, 7ª edición, Buenos Aires, 1944.

⁶⁰ El autor se refiere a la llamada "Republica dos Farrapos" o "Republica Rio-Grandense", la escisión riograndense del Imperio del Brasil que duró de 1836 a 1845 [N. del E.].

⁶¹ Juan Manuel de Rosas, *Cartas confidenciales a su embajadora Josefa Gómez, 1853-1875*, Humus Editorial, Buenos Aires, 1972.

⁶² Hugo R. Galmarini, *Tomas Guido*, Librería Editorial Histórica, Buenos Aires, 2006.

Habiendo tenido noticias de la posibilidad de que los europeos abandonaran su política de pacificación por las vías diplomáticas, el Imperio decidió el viaje del vizconde Abrantes a Europa, en principio para discutir asuntos comerciales, en el fondo para tratar de obtener el apoyo sobre todo británico en los problemas entre el Brasil y la Argentina. Abrantes propuso una participación conjunta para someter al gobierno de la Confederación. La respuesta de Aberdeen fue positiva a condición de resolver los problemas relacionados con los tratados de comercio y antiesclavista que estaban por expirar y de asociar a Francia en la expedición.

Esto coincidía con las presiones que ejercían intereses comerciales británicos sobre su gobierno para que cambiase de actitud en el Plata. La prolongada paralización del comercio rioplatense había causado un aumento en Europa en los precios de los cueros, por lo que previendo tarde o temprano un cese de las guerras, comerciantes argentinos y británicos habían hecho compras importantes. El problema que surgió fue que Rivera, en campaña contra Oribe, para procurarse dinero arriaba y vendía miles de vacunos a Río Grande. De ahí que los precios de los cueros sufrieran una rápida baja, provocando numerosas quiebras en Buenos Aires. Peel se vio entonces sumergido de pedidos por parte de comerciantes de Liverpool y Manchester para que adoptara medidas tendientes a normalizar la situación.

En Francia, la acción en el Parlamento de Thiers y de la oposición en general, así como la opinión pública, llevó al gobierno en enero de 1845 a decidirse por una acción conjunta, bajo la forma de una mediación neutral armada. Lurde, que había vuelto a París, se manifestó favorable a esa decisión. Pero tanto Francia como Gran Bretaña decidieron eliminar al Brasil del acuerdo, teniendo en cuenta los problemas que podría acarrear su proximidad geográfica. La hipótesis manejada era que se debía efectuar una demostración de poderío naval que en caso de no ser tenida en cuenta podría continuarse con el bloqueo de Buenos Aires y los puertos ocupados por Oribe, así como por la ocupación de los ríos interiores. Inmediatamente se decidió el envío de dos mediadores, el británico sir William Gore Ouseley, y el francés el barón Deffaudis, conocido por su actuación en México en la 'solución' de la guerra 'pastelera'. Los dos sostenidos por flotas navales poderosas, bajo las jefaturas de los almirantes Inglefield y Lainé.

Habíamos dejado a Rivera con sus hombres, eludiendo el sitio de Montevideo, e instalado en su medio, el rural. De acuerdo con su técnica de combate, el 'pardejón' acosaba al enemigo utilizando destacamentos móviles. Poco a poco sus tropas comenzaron a recuperar el interior, con la intención de encerrar a Oribe entre Montevideo y su ejército. Frente a la situación comprometida en que podría encontrarse, Oribe pidió ayuda a Rosas, quién le envió a Urquiza, comandando alrededor de 3000 hombres. Rivera trató de desgastar al enemigo

dispersando sus fuerzas, pero finalmente el 27 de marzo de 1845 su ejército fue aniquilado en los campos de India Muerta, fronterizos con el Brasil, en las proximidades del arroyo Sarandí⁶³. Rivera se refugió en el Brasil, junto con parte de sus hombres, todos los cuales fueron desarmados e internados. El parte de Urquiza a Oribe indicaba que la campaña estaba libre de 'salvajes unitarios'. La Defensa dejó cesante a Rivera de su cargo de General en Jefe del Ejército Nacional, y pidió al gobierno del Imperio no dejarlo volver sin la autorización del Ministerio de Guerra oriental.

Mientras tanto, luego del rechazo de una nota de Ouseley y Deffaudis presentada al gobierno argentino el 8 de julio de 1845, en la cual le pedían el retiro de las tropas de la Banda Oriental, la fuerza naval conjunta capturó la débil escuadra comandada por Brown. El almirante fue llevado a Buenos Aires, y las tripulaciones reemplazadas y puestas al mando de Garibaldi. El 17 de septiembre, luego de haber ocupado Martín García, lo que les abrió el camino del Paraná, la flota franco-británica declaró el bloqueo de Buenos Aires y alrededores. También fueron bloqueados los puertos orientales en poder de Oribe. Todo ello debía favorecer el auge de Montevideo, ya que el comercio del Plata pagaría así derechos de importación a la Aduana de esa ciudad. En octubre la flota anglo-francesa ya estaba lista para encaminarse hacia el norte, acompañando a más de un centenar de barcos mercantes destinados a comerciar aguas arribas. La otra parte del plan, la apertura de los ríos interiores estaba en marcha, y la batalla del Paso de los Toneleros en la Vuelta de Obligado se avecinaba. De la mediación diplomática se pasaba a la intervención militar⁶⁴.

Como habíamos dicho, Montevideo se hallaba bajo la presidencia de Suárez, con sus ministros, la Administración y con la Asamblea funcionando⁶⁵. En el Cerrito, el gobierno, en los primeros tiempos, tuvo un carácter militar, siendo presidente y general en Jefe de los Ejércitos, incluyendo al Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina, Manuel Oribe. Como Jefe del Estado Mayor General de la República se mantuvo al reemplazante de Eugenio Garzón, el coronel Francisco de Lasala, como Ministro de Relaciones Exteriores a Carlos G. Villademoros y de Guerra y Hacienda a Antonio Díaz. Debido a la situación anormal en que se vivía, el Presidente estaba investido de facultades extra-constitucionales. Pero a medida que los contendientes se dieron cuenta de que Montevideo no sería tomada, en enero de 1845 se consolidó el cisma político de la República Oriental, encarando ambos bandos la situación como permanente, y obrando en consecuencia. Así, el gobierno del

⁶³ Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, cit.

⁶⁴ Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, cit.; Mariano A. Pelliza, *La dictadura de Rosas*, cit.

⁶⁵ Eduardo Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay*. Tomo II, 1838-1860, cit.

Cerrito fue organizando el Estado, completándose la autoridad ejecutiva con las departamentales. Eran las Comandancias Generales las que ejercían de facto en la campaña. El que orientaba e impulsaba todo el mecanismo estatal era Oribe, desde su despacho en el fuerte⁶⁶, pero la influencia de Villademoros era importante, considerándosele como una especie de ministro universal, tanto en la organización del estado, en la instrumentación jurídica, como en el apuntalamiento anímico del carácter débil e inseguro de Oribe⁶⁷.

Poco a poco se organizaron las oficinas del Ministerio de Gobierno, con la Policía, la Administración del Correo, el Tribunal de Medicina. El Ministerio de Hacienda comprendía: 1) la Colecturía General del Estado, con las Receptorías y Sub-receptorías, 2) la Tesorería General, 3) la Contaduría, 4) la Administración de Sellos y Patentes, 5) la Oficina de Contraste de Pesas y Medidas. Otras oficinas eran la Fiscaliza General del Estado, el Registro de Hipotecas. Entre 1843 y 1851 fueron emitidas más de 200 leyes, decretos, resoluciones y circulares.

Con respecto al Poder Judicial, la administración de la justicia había comenzado con la creación en julio de 1844 del Juzgado Provisorio de Comercio, seguida por el decreto-ley del 12 de mayo de 1845 con el nombramiento de los Jueces de Paz y Alcaldes Ordinarios, así como la de los miembros del Tribunal de Apelaciones. Pero la consolidación jurídica del Gobierno quedó establecida el 17 de junio de 1845 con la convocatoria por parte de Carlos Anaya, el Presidente de la Asamblea disuelta en 1838, de las Cámaras Legislativas con los ex miembros que se encontraban en el campo de Oribe. Estos se reunieron en el distrito del Peñarol. La así denominada Tercera Legislatura funcionó durante dos periodos, en 1845 y en 1846, reuniéndose en sesiones variadas la Honorable Asamblea General, la Honorable Cámara de Senadores, la Honorable Cámara de Representantes y la llamada Honorable Comisión Permanente.

Se trataron tres temas principales: A) las Leyes Constitucionales, B) las Leyes Fundamentales, y C) la Actividad Legislativa Secundaria. Respecto al punto A, se decretó la Residencia del Gobierno fuera de Montevideo, 'sometida a las armas extranjeras', otorgándose además facultades extraordinarias al general Oribe, debido a una situación anómala, dándole así una continuidad jurídica a su investidura gubernativa. Esas facultades no eran delegables. En el punto B, se aprobó la entrada de tropas argentinas al territorio oriental, pero solamente bajo las órdenes de Oribe. Además se decretó la Ley de Empréstito y

⁶⁶ *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales...*, cit.

⁶⁷ José de Torres Wilson, *Oribe, el drama del Estado Oriental*, Ed. de la Banda Oriental, Los Hombres/4, Montevideo, 1976.

Enajenación de Propiedades Publicas. Se autorizaba para negociar por 500.000 pesos fuertes o patacones con interés a estipular, garantizando los empréstitos con propiedades y rentas de la Nación. Para solventar la guerra, la suma se aumentó a 2.500.000. El ítem C, correspondía a temas tratando de actividades normales en épocas pacíficas.

Estas fueron las únicas actividades de la Asamblea Legislativa del Cerrito⁶⁸. En el fondo, era la manera de justificar legalmente el ejercicio de una autoridad dictatorial por parte de Oribe, dándole además los medios para llevar a cabo las actividades bélicas. Según el historiador Acevedo⁶⁹, esto contrastaba con lo que sucedía en el gobierno de la Defensa, en el cual había siempre discusiones entre el Poder Ejecutivo, partidario de medidas excepcionales en virtud del estado de sitio, y el Poder Legislativo, vigilando el respeto a las garantías constitucionales. Con respecto al mandato presidencial de Joaquín Suárez, la elección de un nuevo mandatario fue suspendida hasta la desocupación del territorio. La Asamblea Legislativa siguió funcionando hasta que, terminados los mandatos de la mayoría de sus miembros, y teniendo en cuenta la dificultad para organizar nuevas elecciones, el decreto del 14 de febrero de 1846 determinó su disolución. En su reemplazo se creó una Asamblea de Notables cuya función era la de velar por las garantías individuales y la observancia de la Constitución y las leyes. Los miembros fueron los legisladores cesantes, los miembros del Poder Judicial, los ministros, los jefes militares, etc. Se creó también el Consejo de Estado, al cual se sometería los actos del Ejecutivo, y que sería responsable con él de esos actos, ante la Nación. Este Consejo con el tiempo se transformó solamente en un ente de asesoramiento o consulta.

El problema que se manifestó rápidamente en los dos campos fue el de cómo solventar los gastos de la guerra. El Cabildo, los cuarteles y hasta la Plaza Matriz fueron hipotecados por el gobierno de la Defensa a los grandes comerciantes de la ciudad. Pero como esos recursos fueron insuficientes, a partir de 1843 se constituyó en Montevideo la Sociedad Compradora de Derechos de Aduana, autorizándose por ley a enajenar parte o todas las rentas de dicha aduana⁷⁰. Como habíamos dicho, el bloqueo anglo-francés obligaba a todo buque de ultramar a descargar en Montevideo, pagando así derechos que variaban según las circunstancias. Pero en realidad, esos derechos no iban a las arcas estatales, sino a la compañía concesionaria dirigida por el comerciante británico Samuel Lafone. Dicha

⁶⁸ *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales...*, cit.

⁶⁹ Eduardo Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay*, Tomo II, 1838-1860, cit. y del mismo autor, *Historia del Uruguay*, cit.

⁷⁰ Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*, Raul Artagaveytia, Montevideo, 1945.

compañía compraba al Estado las entradas de la Aduana por adelantado por una suma fija, determinándose luego, según las conveniencias del momento, los derechos que tenían que pagar los buques que llegaban al puerto. Evidentemente esos derechos eran en general más elevados que los pagados previamente por los concesionarios. Como esos derechos incidían en los precios que la población pagaba al adquirir las mercaderías importadas, se puede inferir que todo el mundo subvencionaba a los especuladores. Además dicha compañía prestaba dinero al Estado. En conclusión, ella adelantaba sumas de dinero al Gobierno a cuenta de los derechos aduaneros a recaudarse en el futuro. Samuel Lafone había constituido, con su hermano Alejandro Ross, establecido en Liverpool, y con negociantes británicos, un poderoso grupo comercial y financiero de presión, que representaba al grupo de intereses anglo-montevideanos. Este grupo tenía como contrapartida en la Confederación, al grupo de intereses anglo-bonaerenses, representado por comerciantes y estancieros británicos, establecidos en dicha provincia⁷¹.

Por supuesto hubo acaparamiento de los bienes de los adversarios en los dos campos, y a los embargos, confiscaciones y ventas de los bienes realizados por Oribe, la Asamblea de la Defensa respondió legislando sobre las propiedades enemigas. Hubo apropiamiento de los depósitos judiciales, ocupación de fincas desocupadas, y se dispuso una contribución de guerra a cargo de los ciudadanos ausentes de Montevideo. En julio de 1845, Oribe decretó que los bienes embargados pertenecían al Estado, favoreciendo la entrega de los mismos a sus seguidores. El saqueo de las estancias fue sistemático. Finalmente, no fue un secreto para nadie que el gobierno de la Confederación fue el soporte económico más importante del régimen de Oribe, tanto en armas, como en suministros varios y dinero.

Fueron corrientes los fusilamientos de desertores, prisioneros, pacifistas, traidores. Los degollamientos también estaban al día. Era la crueldad que se decía propia de la época, como si los siglos que siguieron demostraran otra fisonomía en la historia de la humanidad.

Durante la guerra se edificó en Montevideo, con progresos edilicios interesantes. Debido al sitio terrestre, se notó un aumento de quintas destinadas al cultivo de hortalizas. Existía una biblioteca pública que contaba con 5000 volúmenes. Las escuelas primarias y secundarias siguieron funcionando y el Instituto de Instrucción Pública quedó como parte integrante de la primera Universidad del país, instalada el 18 de julio de 1849 luego de una ceremonia imponente, con el discurso inaugural del presidente Suárez. Además la vida social continuaba, contando la ciudad con dos teatros, y como en el Cerrito, los bailes y las

⁷¹ Vivian Trias, *Juan Manuel de Rosas*, Ed. de la Banda Oriental, Col. Reconquista, Montevideo, 1970.

festividades eran moneda corriente. Los artistas que actuaban en Montevideo, también lo hacían en el Cerrito. En su mayor parte, el comercio doméstico era francés, así como las principales obras en curso en la ciudad. Los hoteles y la mayoría de las casas de alimentos y licores también eran franceses. En el Cerrito la sociedad oriental vivía en Restauración, en las quintas del Miguelete y del Paso del Molino, que eran de larga tradición aristocrática, así como en chacras más alejadas como de Toledo, Manga, etc. La vida comercial era importante y abundaban los mejores productos de lujo. El periodo de 1843 a 1845, fue de gran crecimiento de la capital oribista. En definitiva, la capital de Oribe abarcó la totalidad de los barrios que rodeaban en abanico a Montevideo así como núcleos poblados aislados como Buceo, Aldea, Cardal, las Tres Cruces, Reducto, Paso del Molino, Pantanoso, etc. La enseñanza en las escuelas era ejercida en su mayoría por españoles emigrados, estando los criollos casi totalmente al margen de esa profesión.

Oribe era profundamente piadoso, y fomentó el desarrollo del culto católico, siendo el que hizo construir el mayor número de iglesias en el país. Lo consideraban el Patrono de la Iglesia Oriental, manteniendo un contacto estrecho con las autoridades eclesiásticas, aunque lo mismo sucedía con el gobierno de la Defensa. El libro prohibido en el Cerrito era la Biblia protestante⁷².

La guerra de propaganda se efectuaba en gran parte por intermedio de los periódicos. En 1841, Pedro de Angelis comenzó a publicar por encargo de Rosas, una revista en español, francés e inglés, el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, que duró hasta 1847. Completaba la acción de la *Gaceta Mercantil* de Buenos Aires. El diario *The British Packet*, fundado por Thomas Love en 1826, informaba a los angloparlantes. Si bien la prensa periodica del Cerrito no contaba con la brillantez y la cantidad de poetas y escritores que se encontraban en Montevideo, eso no fue óbice para que algunos escritores pudieran destacarse. El órgano oficial del Cerrito fue *El Defensor de la Independencia Americana*, cuyos redactores principales fueron Bernardo P. Berro, considerado la mejor pluma del bastión oribense, Carlos G. Villademoros y Eduardo Acevedo, autor de un Proyecto de un Código Civil para el Uruguay. Las polémicas de estos escritores con Andrés Lamas y Manuel Herrera y Obes, del diario *El Conservador* de Montevideo, fueron muy comentadas⁷³.

El Nacional de la capital oriental era el periódico que mejor presentaba el clima reinante entre los emigrados argentinos y lo que sucedía en Buenos Aires. José Rivera Indarte fue jefe de redacción desde julio de 1839, hasta su muerte en 1845. El diario se publicó hasta

⁷² *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales...*, cit.

⁷³ *Ibidem*

1846. A *El Nacional* le siguió *El Comercio del Plata*, cuyo director fue Florencio Varela, hasta su asesinato el 20 de marzo de 1848. Si bien sus asesinos fueron conocidos, nunca pudo determinarse concretamente la implicación de Oribe en ese hecho, así como en el empastelamiento de la imprenta del diario en marzo de 1850. *El Comercio del Plata* fue publicado hasta 1857. Durante los años 1841-1847, varios periodistas franceses fundaron en Montevideo un diario llamado *Le Courier de la Plata*. Identificado con la Defensa, apareció 287 veces, y dejó de imprimirse bajo la presión del cónsul francés. *Le Messenger* de Montevideo, fue editado durante 237 números ya al final de la contienda. Pero el vocero autorizado de la comunidad francesa durante el sitio fue *Le Patriot Français*, fundado en febrero de 1843 por Joseph Vial. Cotidiano, salvo los lunes, se editó durante siete años.

En el medio del sitio

Volviendo a la primavera de 1845, luego de una sangrienta batalla en la Vuelta de Obligado, la flota anglo-francesa consiguió abrir el pasaje del Paraná a los numerosos barcos mercantes que la acompañaban, para comerciar con los puertos del litoral y con el Paraguay. Si bien Puiggros afirma que “la expedición tuvo grandes consecuencias del punto de vista comercial”⁷⁴, esa opinión no fue compartida por otros autores, quienes afirman que los buques fueron recibidos con cierta hostilidad. Lynch utilizó una frase lapidaria, ‘la expedición no encontró aliados que les dieran la bienvenida ni mercados promisorios’⁷⁵. Además, la vuelta hacia Montevideo fue dificultada por la acción de las fuerzas federales que desde las costas argentinas hostigaron a los buques, lo cual permitió constatar que la libertad de navegación no estaba adquirida ni sería fácil de obtener. Solamente ya derrotado Rosas, Urquiza pudo firmar un acuerdo de libre navegación con los representantes diplomáticos de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos⁷⁶.

Regresemos ahora al litoral correntino. Después de Arroyo Grande, el gobernador Ferré, coincidiendo con el término de su mandato, fue reemplazado por el vecino federal Pedro Dionisio Cabral, apoyado por Urquiza, quien llegó allí a fines de diciembre de 1842, volviendo a Entre Ríos en febrero de 1843, dejando estacionada parte de su tropa en Corrientes.

⁷⁴ Rodolfo Puiggros, *Rosas el pequeño*, cit.

⁷⁵ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, cit.

⁷⁶ James R. Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852-62*, Hachette, 2ª edición. Buenos Aires, 1964.

Derrotados en Arroyo Grande, los hermanos Juan y Joaquín Madariaga lograron refugiarse en la República Rio-Grandense, en lucha con el ejército imperial⁷⁷. La presencia cercana de este ejército hizo que los Madariaga regresaran a Corrientes el 31 de marzo de 1843, reconquistando el poder en semanas. Una nueva Legislatura nombró Gobernador a Joaquín, decidiendo éste organizar el llamado 4° Ejército Libertador Correntino. Las circunstancias eran favorables para combatir a Rosas, teniendo en cuenta que Urquiza había partido para secundar a Oribe. La dirección del 4° Ejército fue confiada al General Paz, quien comprendiendo que Montevideo ya no lo necesitaba, dejó la ciudad en julio de 1844. El 13 de enero de 1845 el Congreso Provincial Correntino sancionó la ley que creaba para Paz el cargo de ‘Director de Guerra’.

Anteriormente, los Madariaga habían invadido Entre Ríos, aprovechando la ausencia de Urquiza, pero frente a la posibilidad de su rápido retorno, decidieron regresar a principios de 1844. Esa misma probabilidad impidió la invasión de Entre Ríos por parte de Paz. Sin embargo, luego de India Muerta, Urquiza tuvo que quedarse en la Banda Oriental por orden de Rosas hasta fines de diciembre de 1845. Entretanto, el 16 de ese mes, la Legislatura provincial lo había reelecto gobernador. A su vuelta decidió invadir Corrientes, en donde Paz, que se mostraba cauteloso y sin espíritu ofensivo, adiestraba a 4.000 rioplatenses, reforzados por otros tantos paraguayos, luego de la formalización de una alianza en noviembre de 1845 entre Corrientes y el Paraguay, este último interesado en sostener su independencia, y en afianzar su derecho a navegar en el río Paraná.

Mientras Urquiza penetraba en Corrientes y derrotaba a las avanzadas enemigas, Paz había decidido esperarlo en posiciones fortificadas situadas frente al bañado de Ibahay. Esta política no fue del agrado de los Madariaga. Así, Juan, queriendo detener al ejército entrerriano, fue derrotado en Laguna Limpia (Potrerito), y hecho prisionero. Considerando las defensas de Paz inexpugnables, el entrerriano decidió volver a su provincia en febrero de 1846.

Con fecha del 5 de febrero, Juan Madariaga le escribió a su hermano Joaquín, presentándole proposiciones de Urquiza para entenderse, pero excluyendo de las negociaciones al Director de Guerra, Paz. Frente a esta situación, éste decidió separarse de los Madariaga, y luego de una tentativa de golpe de estado fallido, se refugió en la guarnición paraguaya del Alto Paraná, exiliándose luego en el Brasil⁷⁸. Todos estos acontecimientos

⁷⁷ Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, Tomo 2, *cit.*

⁷⁸ *Ibidem*

indujeron al Paraguay a dar por concluida su alianza militar con Corrientes, retirando sus tropas de esa provincia. A la liberación de su hermano Juan, Joaquín decidió conectarse con Urquiza, de quién ya se especulaba querer efectuar un cambio político con respecto a Rosas. Urquiza y Madariaga, se encontraron el 14 de agosto en Alcaraz, Entre Ríos, en donde firmaron dos tratados, uno público, por el cual se restablecía la paz entre las dos provincias, se afirmaba que Corrientes continuaba observando el Pacto Federal del 4 de enero de 1831, y autorizaba nuevamente a Rosas a ejercer la dirección de las relaciones exteriores de la Confederación. El otro tratado, secreto, limitaba al primero, refiriéndose a tomas de posiciones contrarias a las de Rosas, tal como recordar la obligación de convocar a Congreso Constituyente.

A Rosas le desagradó profundamente el pacto de Alcaraz, acusando a Urquiza de querer dirigir la Confederación y de excusar a Corrientes en sus relaciones con los unitarios y con el Paraguay. Incluso su irritación contra Urquiza fue en aumento a medida que éste continuaba sus relaciones con Madariaga, desautorizando además al entrerriano a que mediara para concluir la guerra civil en la Banda Oriental, como se lo sugería el ministro de la Defensa Tagarinos. No habiendo llegado aún el momento de enfrentarse con Rosas, Urquiza decidió romper sus relaciones con Madariaga, terminar con los pactos de Alcaraz, y ante las presiones, atacar a Corrientes.

Madariaga siguió la táctica de Paz, retirándose a posiciones elegidas de antemano, atrayendo a los invasores hasta el potrero de Vences, circundado de lagunas. Sin embargo, Urquiza triunfo ampliamente el 27 de noviembre de 1847 en la llamada batalla de Vences, siendo ésta considerada la última de la guerra civil⁷⁹. Luego de la contienda, Urquiza se retiró a su provincia, mientras se reinstalaba la antigua Legislatura de Corrientes que el 14 de diciembre de 1847 eligió gobernador al coronel Benjamín Virasoro, notorio federal, desde ya adquirido a la causa urquicista.

Volviendo al año 1846, analicemos lo que sucedió en Montevideo, y las memorias del General Iriarte es un documento que permite aprehender la situación, subrayando las rivalidades y luchas hasta sangrientas entre las milicias extranjeras que defendían la ciudad⁸⁰. La situación miserable y de segregación en que se encontraba la mayoría de los emigrados argentinos, la debilidad y la fragilidad del sistema defensivo de la ciudad y los enfrentamientos del gobierno con sus propios partidarios hacían meditar a Iriarte sobre las razones por las cuales Oribe no aprovechaba para atacar y tomar la ciudad. Sobre todo

⁷⁹ *Ibidem*

⁸⁰ General Tomas de Iriarte, *Memorias*, Tomo XI. *El sitio de Montevideo, 1846*, Goncourt, Buenos Aires, 1969.

teniendo en cuenta el ir y venir entre la ciudad y el Cerrito, lo cual permitía suponer que el ‘cortacabeza’ oriental no podía ignorar lo que sucedía. Iriarte escribió ‘debemos estar preparados a todo evento, porque es un hecho a la vista de todos que en el caso de un ataque vigoroso y bien combinado, no estamos bien preparados para una resistencia correspondiente, no por falta de valor ni de fuerza numérica, sino por la mala disposición de la defensa y abandono con que se hace el servicio’.

Mientras tanto, se precisaba la vuelta a Montevideo del general Rivera. En la ciudad, el partido de Rivera seguía existiendo, y se agitaba para recuperar el poder, aprovechando que Fructuoso debía pasar por la ciudad para continuar su viaje al Paraguay en donde había sido nombrado embajador. Frente a personajes como Melchor Pacheco y Obes, Santiago Vázquez, Andrés Lamas, queriendo resistir a toda costa, los partidarios del caudillo comenzaban a pensar en la posibilidad de negociar directamente con Oribe. Es que, según Pivel Devoto, los colorados mismos estaban divididos en los llamados ‘orientales puros’ que deseaban liberarse de toda injerencia externa, y los ‘orientales extranjerizantes o unitarizados’ que trataban de terminar la guerra apelando a aliados externos⁸¹. Finalmente el 1 de abril de 1846 se produjo una sublevación, que dio lugar a un nuevo gobierno del cual participaban los amigos del ‘pardejón’ Venancio Flores y Francisco Magariños, este último nombrado ministro de Relaciones Exteriores, mientras que Rivera se apoderaba del Ministerio de Guerra. Dicho gobierno duró hasta 1847.

Mariquita Sánchez escribió a su hija Florencia Lezica a propósito de los días del golpe, ‘Los negros, borrachos, con fusiles, sin oficiales para dirigirlos, a su libre voluntad: ¡Viva Rivera, mueran los argentinos, muera Pacheco! Aquí tienes el grito que oías por todas partes, y tiros y más tiros, hasta que los ingleses y franceses, después de tres días, empezaron a poner orden (...). Así vamos, enredos y embrollos, corvinas y porotos, pobreza y lagrimas, y los malvados burlándose de la humanidad’. Iriarte escribió ‘Ayer los gritos que más resonaban eran: viva Rivera, mueran los argentinos, mueran los porteños. Los amotinados trataron de desarmar a la legión argentina, pero su jefe el coronel Gelly se ha conducido con dignidad y energía’. ‘Me harán pedazos -dijo-, y a todos mis oficiales y soldados antes de pasar por tal ignominia; nos retiraremos, pero con nuestras armas’⁸². Esa animosidad contra los argentinos ya se podía notar en otra carta de Mariquita, escrita cuando Esteban Echeverría se refugió en la Banda Oriental a mediados de 1841: ‘No cuente usted, pues, con mucho

⁸¹ Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*, cit.

⁸² Maria Saez Quesada, *Mariquita Sánchez*. cit.

apoyo oriental (...) pues hay una rivalidad estéril entre orientales y argentinos. Se reiría usted del empeño de distinguirse de nosotros, como si fuéramos una nación enteramente diferente'⁸³.

Como de costumbre cuando estuvo en el poder, el retorno de Rivera complicó todo en el orden administrativo, político y militar. En el ejército montevideano la indisciplina estuvo de rigor, con jefes y oficiales sin experiencia. Según Iriarte, la línea de defensa exterior estaba en un estado de abandono peligroso, por suerte para la ciudad en la Línea Interior se encontraban los batallones ingleses 73 y 45, así como los marinos franceses. Pero Oribe seguía sin atacar, y tanto los sitiadores como los sitiados se encontraban en una inacción completa. En cambio, Rivera volvió a su guerra de montoneras con suerte diversa. Pero, sin discutir previamente con la Defensa, trató de abrir negociaciones directas con Oribe, por lo que hallándose al frente de la guarnición de Maldonado a principios de 1847, la Junta de Notables resolvió separarlo del mando y lo hizo salir hacia el Brasil con una asignación de 600 pesos mensuales. No volvió a la Banda Oriental hasta el final de la contienda. Según Pelliza, Rivera había casi arreglado con Oribe su alejamiento del país a cambio de 20.000 pesos fuertes, y una promesa de una mensualidad pagada por el Cerrito, si su conducta ulterior no hubiera causado perjuicios a ese gobierno. El gobierno riverista cayó el 16 de agosto de 1847, siendo nombrado Herrera y Obes nuevo Ministro de Relaciones Exteriores.

La noticia del combate de la Vuelta de Obligado llegó a Europa recién en febrero de 1846 y fue recibida de distinta manera en París y en Londres. Mientras Guizot hablaba de una gran victoria⁸⁴, Aberdeen pensaba que este 'triumfo' podía dificultar aún más la solución del conflicto. Es verdad que en Gran Bretaña los círculos financieros y comerciales comenzaban a quejarse de las importantes pérdidas que se venían acumulando; y consideraban que los intereses de los comerciantes de la Confederación estaban siendo sacrificados en beneficio de los especuladores que se habían apoderado de las rentas de la Aduana de Montevideo. Aberdeen, sin advertirle a Guizot, ordenó a Ousseley el 4 de marzo de 1846 proceder al retiro de la flota del Paraná, por lo que el gobierno francés no tuvo otro remedio que dar la misma orden a sus naves el 20 de marzo.

Las negociaciones de paz

⁸³ *Ibidem*

⁸⁴ La batalla fue muy celebrada en Francia y en el siglo XX, una estación del metro parisino se llamó *Vuelta de Obligado* (el nombre pasa después también a una opereta "Le Comte Obligado", inaugurada en París en 1927), la estación cambiará de nombre en 1948, en agradecimiento al apoyo en víveres de la Argentina a Francia durante el conflicto mundial. Desde esa fecha la estación de la línea 1 se llama *Argentine*. [N. del E.]

La actitud de confrontación de Ouseley y Deffaudis con Rosas y Oribe indujo a los dos gobiernos a enviar otro emisario, el antiguo cónsul británico en Montevideo T. S. Hood, conocido por sus relaciones amistosas con Rosas y Oribe. En este manuscrito, los pormenores de las negociaciones de las distintas misiones europeas enviadas con el propósito de llegar a un acuerdo, serán solamente esbozados, teniendo en cuenta los numerosos y bien documentados trabajos sobre el tema⁸⁵.

T. S. Hood llevaba como propuesta para solucionar el diferendo, el retiro de las tropas argentinas de la Banda Oriental, simultáneo al desarme de las legiones extranjeras en Montevideo. Las fuerzas navales europeas levantarían los bloqueos, evacuarían Martín García y devolverían las naves y los cargamentos apresados. Se reconocería la soberanía de la Confederación sobre el Paraná, y Oribe debería aceptar los resultados de una elección presidencial libre. Hood llegó a la región en el mes de julio, y no pudiendo llegar a un acuerdo, se volvió en septiembre. Mientras tanto, la *entente* franco-británica pasaba por malos momentos, más aun cuando los whigs (liberales) retomaron el poder en julio de 1846, con Lord Palmerston como Canciller. Este último no estaba decidido a permitir otra ofensa como la de Guizot con los casamientos españoles. Eso, unido al comienzo de la enfermedad de la papa en Irlanda, además del inicio de una grave depresión económica, y de las acuciantes demandas obreras, hacían que Palmerston deseara terminar con el conflicto planteado en el Río de la Plata. Así, al conocer en noviembre el fracaso de Hood, convenció a Guizot del envío de una nueva misión, aportando ciertas modificaciones a las bases de negociación Hood. Los emisarios fueron esta vez el nuevo ministro británico ante la corte brasileña, Lord John Hobart Howden y el conde Colonna Walewski, por Francia. Ambos diplomáticos llegaron a la región en mayo de 1847. El capitán Leprédour, ascendido a contralmirante, reemplazó al almirante Lainé, mientras que el comodoro Sir Thomas Herbert sustituía al almirante Inglefield.

Rápidamente, las discusiones correspondientes a la jurisdicción sobre los ríos interiores paralizaron las negociaciones. Un armisticio pactado en Buenos Aires en un todo favorable a Oribe, fue rechazado por Montevideo. Finalmente, el 14 de julio de 1847, Howden anunció de manera unilateral que el bloqueo de Buenos Aires no cumplía ninguna función y que la escuadra británica no participaría más en la intervención. Esto fue mal

⁸⁵ Mariano A. Pelliza, *La dictadura de Rosas, cit.*, ver también Gabriel A. Puentes, *La intervención francesa en el Río de la Plata*, Teoría, Buenos Aires, 1958 y la *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte I, Tomo II. (Andrés Cisneros y Carlos Escudé). Centro de Estudios de Política Exterior y CARI. Ed. Nuevo Hacer. Buenos Aires, 1998.

aceptado por Walewski, quien partió en agosto a París con el firme propósito de usar de su influencia para el envío de una poderosa expedición destinada a salvar a Montevideo. Es evidente que el comportamiento de los británicos provocó el enojo del gobierno francés, por lo que Palmerston, pidió al enviado en París, Normanby, que entregara el siguiente mensaje: ‘El gobierno de S. M., después de tomar en seria consideración todas las circunstancias y advirtiendo que el bloqueo hace tiempo ha cesado de constituir medida de coacción contra Buenos Aires no siendo más que una forma ilegítima, por parte de Montevideo, de obtener dinero..., ha decidido aprobar y confirmar la decisión de Lord Howden y, en consecuencia, no ordenar la reanudación del bloqueo por las fuerzas británicas ...’⁸⁶.

Finalmente, los dos gobiernos decidieron enviar otra misión para negociar con los contendientes orientales, dejando de lado a Rosas. La solución pasaría, de todas maneras, por una capitulación de Montevideo, pero bajo ciertas condiciones, con el consiguiente levantamiento del bloqueo francés. Los diplomáticos enviados fueron Mr. Robert Gore, nuevo encargado de negocios británico en Montevideo, y el barón Gros, quien fuera secretario de Deffaudis en México, llegando ambos a Montevideo en marzo de 1848. El 21 de abril Oribe dio su aceptación al plan por el cual él sería reconocido como Presidente Provisional con la tarea de convocar a nuevas elecciones, a cambio de una amnistía total y una serie de indemnizaciones. Frente a esto, la cólera de Rosas no se hizo esperar, ya que no tenía ninguna intención de verse eliminado de las negociaciones, lo que atentaría gravemente a su prestigio, por lo que el 8 de mayo, ordenó a Oribe romper las negociaciones, orden cumplida por intermedio de Villademoros, quien propuso volver a negociar sobre las bases Hood. Evidentemente esto constituyó una humillación para Oribe. Pocos días después se reanudaron las hostilidades, interrumpidas durante las negociaciones, prolongando el sitio de Montevideo por tres años. Mientras tanto, Garibaldi había vuelto a Italia en abril de 1848⁸⁷.

Entre tanto, la revolución de febrero de 1848 en Francia complicó más la situación, retardando la llegada de nuevas instrucciones para los emisarios rioplatenses. Como el barón Gros tenía órdenes de levantar el bloqueo a Buenos Aires, con lo cual los recursos aduaneros de Montevideo se verían drásticamente reducidos, firmó un tratado con la Defensa disponiendo el pago mensual de un subsidio de 40.000 pesos fuertes (alrededor de 40.000 dólares). Mientras que Gros regresaba a París urgiendo al Gobierno Provisional a ratificar este convenio, Leprédour recibió instrucciones de mantener el bloqueo a Oribe y de limitar sus

⁸⁶ John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850)*, cit.

⁸⁷ Sobre la vida de Garibaldi, ver un trabajo clásico en G. Sacerdote, *La vita di Giuseppe Garibaldi*, Rizzoli, Milan, 1933; un artículo actual, David McLean “Garibaldi in Uruguay: A Reputation Reconsidered” en la *The English Historical Review*, Vol. 113, No. 451 (Apr., 1998), pp. 351-366, Oxford University Press [Nota del E.]

actividades a impedir el contacto entre el oriental y la Confederación. Por otro lado, envió 400 infantes a Montevideo para servir las baterías que habían quedado prácticamente desiertas. Finalmente, en noviembre de 1848 se recibieron noticias de que París había aprobado el subsidio prometido.

La gestión de Gore fue aprobada por el gobierno británico el 11 de octubre de 1848, y Palmerston, decidido a restablecer lo antes posible las relaciones diplomáticas con Rosas, envió a un diplomático experimentado, Henry Southern, quien fue recibido al principio como un simple particular. Sin embargo, hábil negociador, destrabó las relaciones primero con Arana y luego con Rosas, llegándose a redactar un tratado en marzo de 1849. En dicho tratado se decidía que:

- Gran Bretaña se eximía de la responsabilidad de poner fin a los disturbios de Montevideo.
- Se organizaban las disposiciones referentes a la evacuación de Martín García, el saludo a las banderas y la devolución de naves y cargamentos apresados.
- Se reconocía la soberanía argentina sobre los ríos interiores.
- Rosas aceptaba que sus fuerzas volvieran a la Confederación una vez que los franceses hubieran desarmado a los extranjeros, y celebrado un tratado de paz. Para ello, la Confederación recibiría ayuda diplomática de Gran Bretaña

Se llegaba así al restablecimiento de relaciones amistosas. La situación se encaminó hacia la normalidad en julio, cuando Southern, ya aceptado como encargado de negocios, comenzó a pensar que Rosas habría de hacer frente a sus obligaciones. Frente a la situación política en Francia, Palmerston decidió no esperar, por lo que la firma del Tratado Southern fue efectuada el 24 de noviembre de 1849, y ratificada el 15 de mayo de 1850.

Con el fin del bloqueo y mientras se negociaba el Tratado las relaciones comerciales entre Buenos Aires y Londres florecieron nuevamente, y el progreso económico de Buenos Aires fue notable. El poder de Rosas, aureolado por la manera con que había maniobrado frente a las potencias extranjeras, estaba en su apogeo, y las vicisitudes de la intervención militar británica rápidamente olvidadas. Es interesante resaltar que en general el tratamiento de Rosas para con los súbditos británicos fue siempre correcto, tolerante con su religión y mientras todo pasara por el puerto bonaerense complaciente para con su comercio. Para los residentes británicos Rosas era un protector, quizás peligroso por su imprevisibilidad, pero en general la actitud hacia el régimen era por lo menos conformista, sino favorable. Veamos lo que escribió Guillermo E. Hudson:

‘Discutía la gente respecto a la personalidad del gran hombre (Rosas). Muchos lo aborrecían, quizás la mayoría, otros lo apoyaron incluso años después de haber desaparecido de la escena, como casi todos los ingleses residentes en el país, mi padre entre ellos. Naturalmente, yo participaba de sus ideas y llegué a creer que toda la sangre derramada durante un cuarto de siglo y todos los crímenes y crueldades cometidos por Rosas no se asemejaban a los excesos en que incurría un ciudadano cualquiera, sino que contemplaban el bien del país, con el resultado de que la ciudad y la provincia de Buenos Aires habían gozado de un largo periodo de paz y prosperidad que terminaría con su caída, seguida durante años de nuevos estallidos revolucionarios, derramamiento de sangre y anarquía’⁸⁸. Incluso después de la intervención con Francia, Southern escribió a Palmerston el 22 de noviembre de 1848: ‘Rosas tiene una predilección por el carácter inglés; debe mucho sino todo, a los agentes ingleses; siempre ha sido estimado y apreciado por los ingleses, entre quienes ha formado muchas amistades y apacibles relaciones’.

Durante las guerras, Rosas dio órdenes para que ningún extranjero fuera molestado, e incluso estaban favorecidos indirectamente, ya que los protegidos por tratados estaban exentos del servicio militar, de los préstamos forzosos y de las requisiciones de ganados. Además, gracias al bajo precio de las tierras y a la ausencia de competencia por parte de los nacionales, los británicos fueron grandes compradores en el medio rural, protegiéndose así de la inflación y la falta de metálico⁸⁹.

En general, los representantes británicos en Buenos Aires apoyaron a Rosas, siendo Ouseley la excepción. La anarquía era contraria a los intereses económicos, de ahí ese apoyo. El viajero William MacCann, en plena intervención, afirmaba que ‘entre la anarquía y el despotismo apenas podía existir algún curso medio’⁹⁰. Para Palmerston, Rosas era un mal menor, que a pesar de ser un tirano ponía orden donde había caos. J. Raed afirmaba que junto con el equipo gobernante en Buenos Aires, la única fuerza que no deseaba el cambio de poder era Inglaterra⁹¹.

Salvo excepciones, no se han encontrado expresiones de Rosas contra Gran Bretaña. Uno de los pocos documentos oficiales en el que el gobierno de Rosas hablaba mal de los ingleses, es en el punto 8 de las instrucciones dadas al representante argentino Andrés Gil, refiriéndose a la independencia del Paraguay: ‘Que él no reconocía, ni desconocía la independencia de la República, que hacía votos por su felicidad, y para que Dios lo conserve

⁸⁸ Guillermo E. Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, Rueda y Brachet-Cota, Buenos Aires, 1983.

⁸⁹ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas, cit.*

⁹⁰ William MacCann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas, cit.*

⁹¹ Henri S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX, cit*

sin admitir extranjeros, que son malas langostas; que su felicidad consiste en tener súbditos de una sola religión, cuando Buenos Aires tiene la desgracia de verse lleno de protestantes, grande daño que hicieron los anteriores salvajes unitarios, haciendo tratados con ingleses, y que ahora no se podía remediar’⁹².

Esto contrasta con otros documentos, en los cuales el Tratado con Gran Bretaña es presentado de otra manera. Comentando el accionar de Cullen, en una carta a Echagüe sobre la sugerencia del canario y del correntino Beron de Astrada, de romper el tratado con Gran Bretaña, Rosas escribió: ...’ha olvidado el señor Astrada que cuando la República celebró el tratado con la Gran Bretaña, se puso para pagar una deuda inmensa de gratitud y de honor en que se veía por los recomendables buenos oficios y servicios que esta nación dispuso a la causa de nuestra libertad e independencia’. Del mismo tenor es una carta que Rosas dirigió a Mandeville en abril de 1839⁹³.

El 21 de noviembre de 1841 le ordenó a Manuel Moreno tratar de cancelar la deuda con los Baring con ‘el reclamo respecto de la ocupación de las Islas Malvinas’. En 1844 destino a Londres los 5.000 pesos mensuales con los que indemnizaba a Francia según el acuerdo Mackau-Arana, para pagar el empréstito Baring, ganándose así el apoyo de los bonholders (los tenedores de bonos). Pagos que fueron luego interrumpidos nuevamente durante la intervención.

En una misiva del 20 de septiembre de 1866, durante su exilio, Rosas escribió que conociendo su situación económica, Palmerston lo había visitado cada año, enviándole aves y liebres que él mismo cazaba. Ofreciéndole además sus servicios para que le devolvieran sus bienes. Palmerston lo llamaba ‘mi noble amigo’ (carta del 4 de septiembre de 1867). Muy tocado por su muerte en octubre de 1865, Rosas no vaciló en expandirse en consideraciones laudatorias en carta del 8 de noviembre de 1865⁹⁴: ‘Bien puede Ud. conocer cuanto sería mi dolorida tristeza por la pérdida de ese hombre eminente’. En otra misiva del 7 de enero de 1868, Rosas escribió ‘Yo que quiero tanto a Su Majestad la Reyna Victoria’, y es también durante su exilio que afirmaba que frente al caos, la gobernante ideal para el país hubiera sido la princesa Alicia, hija de la reina.

Cuando ya Rosas perdía el poder, Gran Bretaña trató de relacionarse con sus contrarios de manera que el cambio de gobierno no causara problemas al mantenimiento de la libertad del comercio, pero sin abandonarlo. No olvidemos que fue Gore el que le dio asilo

⁹² *El pensamiento político de Juan Manuel de Rosas*, Prologo y selección de Andrés M. Carretero. Librería y Editorial Platero, Buenos Aires, 1970.

⁹³ Enrique M. Barba, *Historia Integral Argentina*. 2, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970.

⁹⁴ Juan Manuel de Rosas, *Cartas confidenciales a su embajadora Josefa Gómez, 1853-1875*, cit.

después de Caseros. Sin sorpresas, los años siguientes vieron la incorporación de Argentina al sistema económico orquestado por Gran Bretaña, llegando a ser, 'uno de los pilares de la economía británica'⁹⁵.

Es evidente que a partir de la firma del Tratado Southern, las negociaciones para la pacificación de la Banda Oriental quedaban entre Rosas y los franceses, que resultaron abandonados por Gran Bretaña. El régimen revolucionario francés no se ocupó demasiado del problema hasta que en octubre de 1848, envió instrucciones a Leprédour, que evidenciaban una falta absoluta de conocimiento de las negociaciones anteriores. De todas maneras, el marino no tenía las credenciales necesarias para negociar, por lo que mientras esperaba esos poderes, le pidió a Rosas a principios de 1849, que propusiese las bases para concertar la paz con Francia. Además, todo debía realizarse con prescindencia del gobierno de Suárez. Leprédour firmó un tratado el 4 de abril de ese año, tratado que sería muy difícil de ejecutar por ser demasiado favorable a Rosas y Oribe. Un acuerdo similar fue firmado con Oribe a mediados de mayo, conviniéndose un armisticio de 6 meses. Finalmente Leprédour le pasó una copia de los acuerdos al gobierno de la Defensa, proponiendo un armisticio a la espera de lo que resolviera el gobierno de París. La Defensa no aceptó los acuerdos pero sí el armisticio, que comprendía la cesación de hostilidades en tierra y el levantamiento del bloqueo. La suspensión de las hostilidades comenzó el 24 de mayo de 1849.

Frente a los agudos problemas por los que pasaba Francia, los asuntos con la Confederación recién fueron tratados a mediados de 1849, debido a un pedido de créditos suplementarios para subvencionar Montevideo. La Comisión de Créditos de la Asamblea Nacional resolvió no acordar otros subsidios hasta que el gobierno no hiciera saber su nueva política. Finalmente el subsidio fue prorrogado provisoriamente por decreto del presidente Luis-Napoleón Bonaparte el 19 de agosto, entrando en receso la Asamblea. Luego del receso, se continuó discutiendo si se abandonaba o no la región, con la presencia del general Melchor Pacheco y Obes en París tratando de evitar la aceptación de los tratados Leprédour.

Para apoyarlo, John Le Long, Cónsul General y delegado de la población francesa del Plata, envió a los parlamentarios el 1 de noviembre de 1849, un largo resumen sobre la situación. En dicho documento Le Long afirmaba que si bien fueron pagadas en parte las indemnizaciones a los franceses, según el acuerdo Arana-Mackau quedaban reclamaciones por 25 millones de francos. Más adelante especificaba los saqueos a establecimientos franceses en la orilla izquierda del Plata luego de Arroyo Grande, incluso casos de asesinatos.

⁹⁵ Henri S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, cit.

Su documento continuaba analizando los fracasos de las mediaciones europeas, incluyendo la de Leprédour, y expresando su temor por los 6300 franceses que aún quedaban en Montevideo. Le Long consideraba que la guerra total era el único medio para terminar la situación⁹⁶.

A fines de 1849 el gobierno pidió a la Asamblea Nacional un crédito suplementario para honrar el subsidio prometido en junio de 1848, lo cual fue girado a la Comisión correspondiente. Dicha Comisión se preguntaba si Francia debía seguir pagando ese subsidio. Con respecto al tratado Leprédour, nadie consideró ratificarlo en la forma actual, incluyendo el presidente de la Comisión, M. Daru. Además, era contradictorio pagar un subsidio a la ciudad oriental y al mismo tiempo levantar el bloqueo de Buenos Aires para que el comercio se concentrara en esta ciudad. ¿Cómo salir de esa situación? La comisión envió su informe a la Asamblea en octubre de 1849, y el debate fue abierto el 28 de diciembre, terminándose el 7 de enero de 1850. Las discusiones fueron arduas entre los que deseaban ir a la guerra completa, y los que consideraban importante continuar las negociaciones. El gobierno, así como sus sostenes financieros ligados a la banca internacional no querían la guerra, por lo que se hizo ganar la moción de una ‘mediación armada’. Se decidió que Leprédour continuara las conversaciones con Rosas, apoyado por 1.500 hombres que quedarían en Montevideo. Finalmente, dos nuevos convenios fueron firmados con la Confederación el 31 de agosto y con el Cerrito el 13 de septiembre de 1850, siempre favorables a Rosas y Oribe, pero con la aceptación por parte del Dictador de que el desarme de las legiones extranjeras fuera simultáneo al retiro de la Banda Oriental de las tropas argentinas. De todas maneras, esos tratados nunca fueron ratificados, ‘habiéndose perdido en la convulsa gestación del 2° Imperio’. Además, la solución de la contienda ya se había encaminado por otros caminos.

En efecto, frente al fracaso de las misiones europeas, y teniendo en cuenta la situación económica y militar cada vez más precaria de Montevideo, el gobierno de la Defensa buscó nuevos aliados en el Paraguay, en el Imperio Brasileño y en el Jefe del Ejército de Rosas, Justo José de Urquiza. Y fueron el Ministro de Gobierno Manuel Herrera y Obes y el doctor Andrés Lamas, Ministro Plenipotenciario ante el Brasil, los artífices de los acuerdos que, a pesar de la prosperidad de Buenos Aires y de la aparente estabilidad del régimen rosista, llevaron a su derrota.

La situación se había agravado en la ciudad sitiada cuando los bloqueos marítimos a Buenos Aires fueron levantados. En marzo de 1848 Herrera y Obes daba cuenta a Lamas de la

⁹⁶ John Le Long, *Intervention de la France dans le Rio de la Plata*, cit.

falta de alimentos en la ciudad, y a fines de ese año le escribía al embajador en Francia, informándole que los capitales y la población emigraban a Buenos Aires o al Brasil, insistiéndole a mediados de 1849 sobre el cierre de establecimientos comerciales y la emigración de capitales. Xavier Marmier, de paso en Montevideo en mayo y junio de 1850, afirmaba que la ciudad respiraba miseria y cansancio. A lo largo de la 18 de Julio se veían casas con vidrios rotos, casi todas abandonadas, mientras que las quintas de la Aguada habían sido asoladas por las tropas de Oribe. La tregua propuesta por Leprédour había sido aprovechada por miles de emigrantes que se exiliaban en busca de fuentes de trabajo. El campo estaba devastado, y el puerto de Montevideo casi inactivo. No había prácticamente créditos para las importaciones. Las arcas del Estado estaban hipotecadas hasta 1852, y el subsidio francés era fundamental para subsistir⁹⁷.

Mientras tanto, la paz relativa que reinó en el litoral argentino durante gran parte de la Guerra Grande, favoreció la formación en la Mesopotamia de un grupo terrateniente, siendo Urquiza el todopoderoso patrón de la región. Dicho sector tenía intereses similares a los porteños, pero opuesta a la dictadura monoportuaria de Buenos Aires. Además, las exigencias del comercio mundial en la década del 40, hicieron que las necesidades de la industria textil de los países desarrollados, facilitaran la expansión de los campos de pastoreo para el ganado lanar en los países periféricos. Por otro lado, la ganadería vacuna estaba menos favorecida que años anteriores, ya que aún no se podía transportar carne fresca, y el consumo de tasajo estaba destinado a disminuir considerablemente, dado que los británicos habían rechazado su consumo, y las principales exportaciones rioplatenses estaban destinadas al alimento de los esclavos en Brasil y Cuba. Esto en el momento en que la evolución del comercio internacional hacía que Gran Bretaña decidiera liquidar la esclavitud por innecesaria. Todos estos factores hicieron que los ganaderos de Buenos Aires y del litoral iniciaran prósperas explotaciones de ganadería ovina, en detrimento de los terratenientes saladeristas, fieles sostenes de Rosas⁹⁸.

Al amparo de los bloqueos, las estancias entrerrianas habían establecido un contacto fructífero con negociantes europeos, y de Entre Ríos partían hacia la Montevideo sitiada barcos con sus productos pecuarios, trayendo al regresar mercaderías europeas. Dichas mercaderías eran reembarcadas a Buenos Aires como si vinieran del interior. De esa manera se eludía el pago de los impuestos aduaneros bonaerenses que gravaban los productos de ultramar. Además, esas mercaderías eran abonadas en metálico, que Rosas había prohibido exportar al extranjero. Para los entrerrianos era fácil traer ese metálico a Entre Ríos, y desde

⁹⁷ Jacques Duprey, *Voyages aux origines françaises de l'Uruguay*, cit.

⁹⁸ Vivian Trias, *Juan Manuel de Rosas*, cit.

allí venderlo a Montevideo en donde se pagaba un precio mas alto que en Buenos Aires. Este comercio subrepticio con la Banda Oriental se terminó cuando se firmaron los tratados de paz entre Rosas y Gran Bretaña y Francia⁹⁹.

EL FINAL

Para Urquiza y sus coprovincianos era vital defenderse del monopolio portuario porteño, y no renunciar al tráfico con el Uruguay así como a la libre navegación en el Paraná y Uruguay, por lo que la opción lógica era el desafío a la política rosista. Para el entrerriano, los logros de esos deseos debían estar acompañados por la constitucionalización del país y la nacionalización de la Aduana de Buenos Aires, lo que contrastaba con las ideas del Dictador. Y Rosas no estaba decidido a dejarse intimidar, por lo que decretó que todo producto llegado a Buenos Aires proveniente del interior, como los productos de ultramar, quedara sujeto a la ley de la Aduana porteña. Además, el 31 de agosto de 1847 ordenó que no pudiera salir moneda metálica de la provincia hacia el interior de la Confederación. Todo ésto causó enormes perjuicios a Urquiza, quién elevó en vano sus protestas en varias oportunidades, lo que no hizo más que aumentar los rumores crecientes de una posible ruptura entre los dos caudillos. Ya el 6 de enero de 1850 le había participado al sacerdote Juan José Alvarez: ‘Muy pronto derribaré a Rosas, con la fuerza de la opinión y con el poder de las armas, y contribuiré con todo el vigor de mi voluntad a dar una Constitución a la República Argentina, que ha sido mi sueño dorado y patriótico de siempre, desde joven’¹⁰⁰. En febrero de 1845, el correntino Pedro Ferré había escrito: ‘Si hasta ahora no aparece un hombre que tenga poder y reputación bastante para hacer frente a sus miras (de Rosas), y cortarle su ambición, el curso mismo de la Revolución lo ha de presentar, y yo ya estoy presumiendo que en tal caso, don Justo José de Urquiza ha de ser el que le ha de poner las peras a cuarto a don Juan Manuel’¹⁰¹. De todas maneras, tanto Lamas como Herrera y Obes maniobraron para poner a punto una alianza que tuviera la fuerza necesaria para derribar al Restaurador. Para ello, visto lo sucedido en Corrientes con Paz, el nombre de Urquiza como líder circuló con más fuerza. Desde los diarios de la Defensa, y desde los lugares en donde se encontraban antirosistas, se atisbaban las diferencias entre los gobiernos de Entre Ríos y de Buenos Aires. Y, aunque las desinteligencias entre los dos caudillos existían ya desde hace tres años, la Defensa, debilitada

⁹⁹ Beatriz Bosch, *Urquiza y su tiempo*, Buenos Aires, 1971 y de la misma autora *Urquiza. Gobernador de Entre Ríos*, Ed. de Entre Ríos, Paraná, 2001.

¹⁰⁰ Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, Tomo 2, *cit.*

¹⁰¹ *Ibidem*

por los pactos de los europeos con Rosas, resolvió abrir negociaciones con Urquiza, tratando de ayudarlo a decidirse a la ruptura.

En primer lugar Urquiza buscó el apoyo de Corrientes, obteniéndolo en una reunión con el gobernador correntino Benjamín Virasoro en septiembre de 1850 en Concordia. El 5 de enero de 1851 el periódico *La Regeneración* editado en Concepción del Uruguay, reflejó en un artículo el pensamiento de Urquiza, llamando ese año el de la ‘Organización Nacional’. Fue el comerciante Antonio Cujas y Sampere, radicado en Entre Ríos pero viajero frecuente a Montevideo por negocios comunes con Urquiza, el que comenzó las negociaciones secretas con la Defensa. Estas llevaron al gobernador entrerriano a escribir el 3 de abril a Manuel Herrera y Obes sobre su decisión de colocarse a la cabeza del movimiento que debería terminar con Rosas. Inmediatamente envió a un representante a Corrientes para concretar la alianza mesopotámica, y el 5 de abril envió una circular a los Gobernadores de las Provincias de la Confederación dándoles a conocer su decisión.

El pronunciamiento público de Urquiza contra Rosas se produjo el 1 de mayo de 1851, afirmando que Entre Ríos aceptaba la consabida renuncia del jefe de la Confederación al término de sus mandatos legales, y que por consiguiente recuperaba ‘el ejercicio de su soberanía delegada hasta entonces en el Gobernador de Buenos Aires, para el cultivo de las relaciones exteriores y dirección de los negocios de paz y guerra, en virtud del tratado de las provincias litorales del 4 de enero de 1831’. Otro decreto anulaba el lema de ‘Viva la Confederación Argentina. Mueran los salvajes unitarios’, por el de ‘Viva la Confederación Argentina. Mueran los enemigos de la Organización Nacional’. El 21 de mayo, el gobernador de Corrientes comunicó a Urquiza la adhesión de su provincia al pronunciamiento. En cambio, ninguna de las otras provincias de la Confederación resolvieron unirse al entrerriano. Previamente, el general oriental Garzón, adjunto de Urquiza en el ejército de Entre Ríos, había escrito el 14 de mayo al gobierno de la Defensa reconociéndolo como el único gobierno de la Banda Oriental.

Discutiendo el plan de operaciones, Herrera y Obes recalcó la necesidad de impedir que las naves de la flota porteña pudieran encerrar a los ejércitos mesopotámicos en sus provincias. Teniendo en cuenta que Urquiza no disponía de suficientes fuerzas marítimas, ni del dinero suficiente para soportar una guerra, la cooperación del Brasil podría ser la solución, lo que parecía no ser del agrado del entrerriano. Finalmente, el 30 de abril el canciller de la Defensa escribió a Lamas siempre en Río de Janeiro: ‘Urquiza ha entrado por mi pensamiento favorito de la gran coalición y la navegación de los ríos; pero se resiste horriblemente a entrar

para eso con el Brasil. Felizmente mis opiniones valen algo para él. Vuelvo a repetirle: Urquiza no quería nada con el Brasil; yo he sido quien ha vencido la resistencia'¹⁰².

Veamos como se llegó a organizar la alianza de los entrerrianos y correntinos con los orientales y los brasileños. El Brasil, independiente del Portugal desde 1822, estaba dirigido desde el año 1831 por el emperador Pedro II. Como una continuación de la rivalidad colonial entre los españoles y portugueses, el Imperio Brasileño y la Confederación Argentina se disputaban la hegemonía en el hemisferio sur. La Banda Oriental constituía el estado tapón que separaba a los dos poderosos estados de la región.

El peligro de guerra entre el Brasil y la Confederación Argentina estaba latente en todo momento. Ya desde la Cisplatina, la frontera oriental-brasileña se había *brasileñizado*. Un foco de tensión importante entre el Imperio y Oribe lo constituían las depredaciones causadas en la Banda Oriental por hacendados brasileños, que arriaban ganado oriental para utilizarlo en los saladeros de Río Grande, apropiándose también de los negros libres que eran llevados por la fuerza al territorio brasileño. Eran las llamadas 'californias', rememorando la corrida hacia el oro que se producía en California, ejecutadas sobre todo por el hacendado Francisco Pedro de Abreu, barón de Jacuhy, llamado 'Chico Pedro'. Bajo el Imperio, los propietarios rurales constituían la principal fuerza política y económica, y la economía funcionaba gracias al sistema esclavista. En este periodo, Gran Bretaña y el Imperio debían renovar sus acuerdos sobre la esclavitud y el comercio, en el momento en que los británicos ejercían una fuerte presión para abolir la esclavitud, lo cual originaba una grave tensión entre los dos regimenes. Tratando de frenar el conflicto con Gran Bretaña, el Consejo de Estado del Imperio, si bien la esclavitud fue abolida solo en 1888, decidió en julio de 1850 liquidar el tráfico esclavista, y expulsó a los 'negreros' más notorios. A partir de entonces, se produjo un acercamiento con Gran Bretaña seguido por un flujo masivo de capitales, aprovechado por la clase dirigente. De esa manera el Brasil se convirtió en una especie de sub-metrópoli del Imperio Británico. Era el momento ideal para terminar con los focos de inestabilidad en su frontera sur.

El Imperio consideraba que la guerra con la Confederación era inevitable, y el dominio de la Banda Oriental esencial para el resultado final. El abandono por parte de las potencias europeas del Gobierno de la Defensa, podía llevar a la caída de la ciudad en poder de Oribe, lo que haría perder al Brasil una futura base de operaciones, en caso que fuera necesario. A partir de ese momento el rol del banquero Irineo Evangelista de Souza, barón y luego vizconde de Mauá fue fundamental. El Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio,

¹⁰² Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas Militares Argentinas*, Tomo 2, *cit.*

Paulino Suárez de Souza le sugirió a Mauá que sería esencial apoyar financieramente a Montevideo, y que se contaba con su apoyo. En una reunión en la Legación de la Defensa en Río, Mauá acordó con Lamas el sustento financiero necesario para suplantar la ayuda francesa. El contrato del subsidio se firmó el 21 de agosto de 1850, con la garantía oficial brasileña. Las condiciones de esa asistencia fueron las bases de los futuros tratados firmados en 1851, los que condicionaron duramente el futuro de la Banda Oriental.

Las ‘californias’ de ‘Chico Pedro’ llegaron a ser tan frecuentes y jugosas, que primero Rosas y luego Oribe protestaron airadamente, sin encontrar respuestas apropiadas por parte de Paulino. Los pedidos de información por parte del embajador Guido, eran respondidos sin prisa, lo que ocasionaba la ira de Rosas, llevándolo finalmente el 15 de abril de 1850 a romper las relaciones con el Imperio, lo que no significaba una declaración de guerra. Guido pidió sus pasaportes en septiembre, abandonando Río. A partir de estos episodios, los acontecimientos se aceleraron. Las tratativas entre los distintos participantes de una posible alianza fueron llevadas a cabo por Cuyas y Sampere, Herrera y Obes y el diplomático brasileño Rodrigo de Souza da Silva Pontes. Finalmente, el 16 de mayo Cuyas y Sampere le entregó a Urquiza un proyecto de tratado, por el cual se planteaba lo siguiente:

- El objetivo de la alianza era pacificar el Uruguay, expulsando a Oribe y las tropas porteñas que lo secundaban. Si en ese caso, la Confederación Argentina abría hostilidades contra los aliados, éstos se verían obligados a hacerle la guerra.

- El general oriental Eugenio Garzon sería el General en Jefe, y con él deberían entenderse los jefes argentinos y brasileños.

- La navegación en los ríos Paraná y Uruguay sería protegida por la escuadra brasileña.

- Se declaraba libre la navegación de los ríos interiores.

- Los contratantes se reconocían mutuamente su independencia e integridad territorial ‘sin perjuicios de los derechos adquiridos’ (se legalizaban así las apropiaciones brasileñas que desconocían el Tratado de San Ildefonso de 1777).

El acuerdo fue ratificado por Entre Ríos, Corrientes, Montevideo y el Imperio de Brasil. Al principio, Urquiza aceptó solamente la ayuda naval del Imperio, y una vez firmado el Tratado, la escuadra brasileña comandada por el almirante británico John Grenfell ocupó la entrada de los ríos Paraná y Uruguay. La colaboración militar quedó aprobada los primeros días de julio solo ‘por deferencia’ de Urquiza, como le informo Herrera a Lamas. Para poder sufragar los gastos que requería la guerra, el Brasil convino en prestar a Entre Ríos y Corrientes la suma mensual de cien mil patacones durante cuatro meses. El gobernador de

Entre Ríos se obligaba a obtener del gobierno que reemplazara a Rosas el reconocimiento de la ayuda como deuda de la Confederación, pagándosela con un interés del 6% por ciento. No queriendo comprometerse demasiado, Asunción solo firmó un acuerdo de defensa mutua con el Imperio el 24 de diciembre de 1850.

La ofensiva de Urquiza contra Oribe comenzó a principios de julio de 1851, cruzando el río Uruguay por tres lugares. Teniendo en cuenta que su avance podría ser aprovechado por Echagüe y Rosas para atacar Entre Ríos, Urquiza dejó en su provincia como reserva al ejército correntino del Gobernador Virasoro. Las tropas de Oribe se replegaron sin combatir, y muchas de ellas, incluso las comandadas por Venancio Flores y Servando Gómez, se plegaron al ejército invasor. Las tropas invasoras se reunieron en Paysandú y el 29 de julio comenzaron su avance hacia el interior del país. La rápida y descontrolada desintegración del ejército de Oribe podría explicarse por el cansancio de una lucha fratricida larga y sin solución, y quizás por el deseo de terminar con la injerencia política de Rosas en los asuntos orientales.

Es importante señalar la pasividad con la que Rosas observó estos movimientos militares. La opción elegida por él fue la de pedir a Gran Bretaña que trate de disuadir al Brasil de cooperar con Urquiza, pedido que le fue negado por el Consejo de la Corona. La política británica oscilaba entre Rosas como el ‘menor mal’, o aceptar la caída del Restaurador favoreciendo la posición de Brasil. Pero finalmente, el Consejo dio orden a los agentes británicos de conservar la más estricta neutralidad. Además, Palmerston insistió a Southern, y luego a su reemplazante, Robert Gore, para que convencieran a Rosas para que no invadiese la Banda Oriental y así evitar la intervención de ‘otras potencias’. Luego de breves combates, frente a la deserción en masa de los blancos, Ignacio Oribe se retiró al sur del Río Negro. De esta manera, Urquiza dominó rápidamente todo el norte del territorio, en donde se quedó varios días, esperando en vano las tropas del conde de Caxias que debían venir del Brasil, y que se encontraban retrasadas. Urquiza decidió entonces continuar solo su avance. Mientras tanto, el gobierno de la Defensa decretó la reanudación de las hostilidades el 2 de septiembre, hostilidades que habían sido interrumpidas el 24 de mayo de 1849¹⁰³. El 21 de agosto de 1851, el almirante Grenfell remontó el Paraná y en San Nicolás intercambió disparos con las baterías del general Mansilla, volviendo luego a Montevideo. Esto originó un reclamo por parte de los jefes navales franceses y británicos, aduciendo una violación del tratado de paz de 1828¹⁰⁴. Dejando a las tropas sitiadoras, casi todas argentinas, bajo el mando de Lasala, Manuel Oribe, junto con los soldados de Lucas Moreno provenientes de Colonia,

¹⁰³ Coronel Ramón Lista Viamonte, *Diario de la Guerra Grande*, cit.

¹⁰⁴ Hector R. Ratto, *Jefes Navales de la Intervención Francesa en el Plata (1829-1852)*, cit.

se unió a los efectivos de su hermano en el arroyo de la Virgen. Debido a la gran cantidad de soldados que abandonaban sus filas, Oribe decidió pedir refuerzos a Rosas, sin recibir respuesta. Tampoco obtuvo de éste la posibilidad de invadir Entre Ríos. El pedido que hiciera a los británicos y franceses para ser trasladado con su ejército por vía marítima a Buenos Aires tampoco prosperó. Frente a esta situación, Oribe envió el 14 de septiembre al teniente coronel Lucas Moreno para que discutiese con Urquiza las condiciones para llegar a la paz, y el 20 de ese mes, los dos militares llegaron a un acuerdo. Mientras el conde de Caxias recién se encontraba en el centro del país, Oribe se retiró a Miguelete, y luego hasta el Cerrito, en tanto que Urquiza siguió avanzando para acampar a principios de octubre a orillas del arroyo Pantanoso, divisando la ciudad sitiada. La capitulación de Oribe se produjo el 8 de octubre, fecha que se considera el fin de la Guerra Grande y del sitio de Montevideo. El documento final, firmado por el Gobernador de Entre Ríos, contiene las concesiones hechas a Oribe por Urquiza, quizás teniendo en cuenta su condición de federal y a que él mismo había luchado hasta poco tiempo atrás junto al jefe blanco. El documento, dado a publicidad en el Cuartel General en el Pantanoso el 10 de octubre de 1851, fue aprobado el 13 por Suárez y por Herrera y Obes.

Los artículos de dicho documento son los siguientes:

Art. 1º: Se reconoce que la resistencia que han hecho los militares y ciudadanos a la intervención anglo-francesa, ha sido en la creencia de que con ella defendían la independencia de la República.

Art. 2º: Se reconoce entre todos los ciudadanos orientales de las diferentes opiniones en que ha estado dividida la República, iguales derechos, iguales servicios y méritos, y opción a los empleos en conformidad de la Constitución.

Art. 3º: La República reconocerá como deuda nacional aquellas que haya contraído el general Oribe, con arreglo a lo que para tales casos estatuye el derecho público.

Art. 4º: Se procederá oportunamente y en conformidad a la Constitución, a la elección de senadores y representantes en todos los departamentos, los cuales nombrarán al Presidente de la República.

Art. 5º: Se declara que entre todas las diferentes opiniones en que han estado divididos los orientales, no habrá vencidos ni vencedores, pues todos deben reunirse bajo el estandarte nacional para el bien de la Patria y para defender sus leyes e independencia.

Art. 6º: El general Oribe, como todos los demás ciudadanos de la República, quedan sometidos a las autoridades constituidas del Estado.

Art. 7º: En conformidad con lo que dispone el artículo anterior, el general Oribe podrá disponer libremente de su persona.

Así terminó la Guerra Grande. Y, junto con la historia de Carpintería, es en esa guerra que cristalizaron los principios de los dos partidos tradicionales orientales, blanco y colorado, incluyendo sus propias fracciones internas, con sus caudillos y sus doctores. Es interesante observar como la historia oficial y la revisionista analizaron esa guerra. Por un lado, la oficial presentó a la Defensa de Montevideo como el reducto de la Civilización que se opuso gallardamente a las tiranías de Rosas y Oribe (la Barbarie), con la ayuda desinteresada de Francia y Gran Bretaña, potencias que representaban la cultura y la civilización europea. La otra corriente presentó la guerra como la heroica resistencia de los pueblos rioplatenses contra la política expansionista de los europeos, que tuvieron en los unitarios y los orientales de la Defensa a los auxiliares que no vacilaron en unirse a los extranjeros para hacer triunfar sus intereses. Es interesante la tesis de Stewart Vargas quien descalifica por simples las dos versiones¹⁰⁵. ‘Las minorías ductoras de Montevideo, Buenos Aires y el Cerrito eran parejamente ilustradas; y las masas, que movidas por estas minorías luchaban y morían en los campos de batalla, estaban conformadas por la misma hechura. Mirados en su conjunto los dos bandos, y otorgando a los términos Civilización y Barbarie la mayor latitud o el más especial contenido, la única conclusión lícita es admitir que los rioplatenses eran o igualmente civilizados o parejamente bárbaros’. Sigue más adelante: ‘Las murallas de Montevideo ni eran murallas ni éstas se tiñeron de sangre sino muy esporádicamente con sangre de héroes. El Sitio Grande se cumplió sin que se produjeran luchas, militarmente hablando, en el extenso frente del asedio. Durante mucho tiempo este se desarrollo sin pugnacidad; y después el enfrentamiento se prosiguió sin animosidad entre sitiados y sitiadores’. Claro que no es un gran homenaje a los muertos, heridos y lisiados que a pesar de todo hubo durante los nueve años del conflicto. Otro aspecto interesante de su análisis corresponde al rol de Francia y Gran Bretaña. ‘La presencia y la prepotencia de Francia e Inglaterra y el origen de sus políticas de *intervención* en la historia rioplatense provienen de sus desaforados apetitos de medro comercial, nunca de ambiciones de expansión colonial’. Y para ello dice: ‘...la época de la Guerra Grande se aloja precisamente en el hueco de dos períodos caracterizados por un concepto bien definido en cuanto a posibles empresas coloniales de las potencias europeas’. El primero corresponde al viejo colonialismo cuya experiencia llevó a la conclusión que la expansión territorial con sus cargas y preocupaciones no tenía un beneficio suficiente. El

¹⁰⁵ Guillermo Stewart Vargas, *Oribe y su significación frente a Rosas y Rivera*. Buenos Aires, AR Pellegrini, 1958.

segundo es el que llevó a la formación de los grandes Imperios Coloniales que subsistieron hasta una buena parte del siglo XX, y que comenzaron a forjarse solamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX. O sea que durante la Guerra Grande, 'el viejo colonialismo ya no existía; el nuevo estaba todavía en agraz'¹⁰⁶.

Volviendo al año de 1851, mientras las tropas orientales quedaban a la disposición del general Garzon, los efectivos argentinos quedaron incorporados al ejército de Urquiza. Varios jefes argentinos, para evitar caer prisioneros, pudieron volver al país en la corbeta británica *Tweed*. Esto originó una controversia con el almirante Grenfell. Por su parte, el 12 de octubre, Andrés Lamas, en nombre del gobierno de la Defensa suscribió el tratado con Brasil, de acuerdo a lo establecido previamente con el vizconde de Mauá. Dicho tratado decretaba:

1. Un pacto de defensa mutua. Brasil prometía ayuda militar, en caso de ser necesario, para sostener al gobierno oriental (¿Derecho de intervención?),

2. La renuncia de Uruguay a cerca de mil leguas cuadradas de su territorio (o sea cerca de 25.000 kilómetros cuadrados). (Se trataba de terminar con el pleito de fronteras entre los dos países. La frontera debía correr por el río Cuareim, el Yaguaron y la laguna Merin, para terminar en el Chuy, con la posesión exclusiva de la navegación de la laguna Merin y el río Yaguaron por el Brasil. Esto último fue modificado en 1867),

3. Que el régimen de Joaquín Suárez recibiría los subsidios prometidos, estableciéndose una deuda a pagar con 6% de intereses. Brasil prestaba la suma de 138.000 patacones por una sola vez, y 60.000 patacones mensuales por el tiempo que se creyera necesario, a los que se sumarían más de 211.791 otorgados en otras oportunidades con el mismo interés del 6%. La garantía eran las rentas públicas (aduana). La Defensa renunciaba así al resto del subsidio francés (para administrar el subsidio brasileño Mauá fundará una filial de su banco en tierra oriental),

4. La libre navegación del río Uruguay y sus afluentes, procurándose obtener lo mismo para el Paraná y el Paraguay,

5. La libre exportación de ganado oriental hacia el Brasil por 10 años. Los saladeros riograndenses vivirán gracias a la carne uruguaya. (Se legalizaba así las 'californias'),

6. La extradición de delincuentes comunes, políticos, y los esclavos escapados.

¹⁰⁶ *Ibidem*

Comentarios de Stewart Vargas:...'Por el tratado de alianza, el Brasil se convertía en director armado y prepotente de la política interna del Uruguay; por el de subsidios, nos entregábamos de pies y manos a las exigencias del prestamista, que era el Brasil; por el de comercio suprimíamos las aduanas con el Brasil por diez años, en todo lo que a éste le interesaba; por el de extradición, el Estado uruguayo se mudaba complaciente negro para con los esclavos del Brasil que se refugiaron en nuestro territorio; por el de límites, le entregábamos al Brasil todos los territorios que nuestra República había reclamado como propios de acuerdo con el derecho y la Historia y algunos más que nunca hasta ahora habían cabido en las ambiciones del Imperio reclamarlos...'¹⁰⁷.

El conde de Caxias se hizo presente en el cuartel de Urquiza solamente el 14 de octubre, o sea que la pacificación de la Banda Oriental se realizó sin su participación. El 21 de noviembre de 1851 se firmó en Montevideo el tratado por el cual se llevaba la guerra al territorio argentino. La mayoría de las tropas brasileñas quedarían en la Banda Oriental, incorporándose una sola división al Ejército Grande, que constituido por 22.000 soldados argentinos, 4.000 brasileños y 2.000 orientales, éstos bajo el mando de César Díaz, derrotó a las tropas federales en Caseros el 3 de febrero de 1852. Rosas, luego de la batalla se refugió en la casa del Encargado de Negocios británico Gore, embarcándose enseguida en un buque de esa nacionalidad que lo llevó a su exilio.

DESPUES DEL FINAL

En la Banda Oriental

Finalmente, la guerra que estuvo a punto de construir dos países, uno blanco y otro colorado, terminó con el lema de 'no habrá vencidos ni vencedores', por lo que en un primer momento, la idea de la nación pudo sobreponerse a la idea partidista. Pero el balance dejado en el país por los nueve años de conflicto era desolador en todos los órdenes¹⁰⁸.

Fue el primer presidente elegido luego de la guerra, Juan Francisco Giro, que al realizar un censo a fines de 1852, pudo comprobar que la población del país comparada con la de 1842 había descendido de 140.000 a 132.000, con la de Montevideo pasando de 40.000 a

¹⁰⁷ Guillermo Stewart Vargas, *Oribe y su significación frente a Rosas y Rivera*, cit.

¹⁰⁸ José Pedro Barran, *Historia Uruguaya*, Tomo 4 (1839-1870), cit.

32.000¹⁰⁹. Muchos franceses, parte importante de la población urbana, habían emigrado a Buenos Aires luego de la finalización del bloqueo de esa ciudad. También se produjo un éxodo de muchos orientales, especialmente al Brasil. Si bien, muchos volvieron al finalizar la guerra, no fueron suficientes para llenar el vacío demográfico que dificultaba la obtención de la mano de obra necesaria para reiniciar el trabajo en la campaña y en los saladeros¹¹⁰.

El balance en lo social indicó que si bien la estructura de la propiedad en latifundios no había cambiado, hubo modificaciones en cuanto a la nacionalidad de los propietarios. A los ricos orientales, se adicionaron los compradores brasileños de Río Grande del Sur y los inmigrantes europeos que habían venido con cierto capital. La compra estuvo facilitada por una disminución importante del precio de la tierra. Además el extranjero tenía su título de propiedad bien protegido no solo legalmente, sino además a través del apoyo de sus agentes consulares. Con respecto a los comerciantes importantes, nada había cambiado, ya que la mayoría seguían siendo no orientales.

Con respecto a la masa rural, la guerra acentuó su pobreza y nomadismo, hechos favorecidos por un campo en donde escaseaba dramáticamente el ganado. Documentos de la época informaban que ‘no se ve un solo animal en muchas leguas’, ‘la campaña se convirtió en un inmenso desierto’, ‘entre Durazno y Montevideo todo estaba desierto’, etc.¹¹¹. La guerra estuvo a punto de terminar con el ganado vacuno del país, ya que de 6 a 7 millones de cabezas se bajó a 2 millones. Lo mismo con respecto al ganado ovino, con solamente 1 millón de animales. Las estancias fueron arrasadas, los saladeros prácticamente desaparecieron por falta de animales, destinados al consumo desenfrenado de todos los contendientes pero también a alimentar los saladeros del Río Grande brasileño. De 24 saladeros en 1842 no quedaban en 1852 más que, según las fuentes, entre 1 o 4.

En el campo económico y financiero, los recursos del Estado estaban hipotecados sea a particulares como la Sociedad Compradora de los Derechos de Aduana, sea a países como Francia y Brasil por los subsidios que acordaron. La deuda pública llegó a ser enorme. La deuda externa daba ocasión de ejercer altas presiones sobre el Estado deudor. En 1855, se tuvo que reconocer el resarcimiento de las pérdidas de los residentes franco-británicos. Además, el Presidente Giró autorizó a particulares a pedir indemnización por lo perdido en la guerra, presentándose reclamos por 100 millones de pesos. Como la Aduana estaba

¹⁰⁹ *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*. Parte I, Tomo II, *cit.* y Leslie Bethell, comp, *Historia de América Latina, Vol. 6. América Latina Independiente 1820-1870*, Crítica, Barcelona, 1991.

¹¹⁰ José Pedro Barran, *Historia Uruguaya*, Tomo 4 (1839-1870), *cit.*

¹¹¹ Barran y Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno, 1851-1885*, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1967 y Carlos Machado, *Historia de los Orientales*, Tomo II, Ed. de la Banda Oriental. Barcelona, 1997.

hipotecada, el único recurso con el que contaba el Estado oriental era el subsidio mensual brasileño, condicionando así la independencia política del país. Para sostener al general Flores, un ejército imperial de 4.000 hombres ocupó la Banda Oriental desde 1854 hasta noviembre de 1855. Se trataba de recrear la nueva Cisplatina. Favorecida por los problemas internos de la Confederación Argentina, la influencia brasileña en el Uruguay fue manifiesta¹¹².

En cambio, la de Francia y Gran Bretaña fue menos notoria, sin dejar de ejercerse. Era evidente que la guerra de Crimea pesaba notoriamente. Sus agentes diplomáticos, si bien apoyaban la independencia oriental, no eran menos exigentes para hacer prevalecer los intereses de sus connacionales. Así, en julio de 1860 el gobierno de Berro tuvo que resistir a la presión ejercida por los europeos que trataron de sumar los intereses, al cobro de la deuda reconocida por el gobierno anterior¹¹³.

Los gobiernos se sucedieron durante el periodo posterior a octubre de 1851. Giro, el Triunvirato constituido por Flores, Lavalleja y Rivera, luego Pereira, Berro. En ese período desaparecieron Lavalleja, Rivera, Oribe, los grandes caudillos que marcaron los albores de la historia uruguaya. Frente a esa situación desastrosa, todos los orientales tenían una necesidad de paz, que era reclamada por las fuerzas vivas para una vuelta de la abundancia. La clase política trató de llevar adelante al país fuera por la política llamada de fusión, por arriba de los partidos, practicada por el elemento culto de los blancos y colorados de la ciudad, fuera por la política de pactos, realizada por los caudillos de las dos fracciones, con su base en la campaña. Barran afirma que “el sentimiento de la nacionalidad fortalecido ante el peligro brasileño, la desastrosa situación económica y el deseo de las clases altas se conjugaron para imponer un alto a la guerra civil”. Y la recuperación económica fue manifiesta¹¹⁴. Sin embargo, Alberto Zum Felde escribió: ‘El periodo histórico que va desde la paz de octubre del 51 a la paz de abril de 1872, el periodo más convulso y trágico de nuestra historia es, ante todo, la lucha de las bandas tradicionales disputándose el poder en medio de violencias terribles, que exacerban hasta el crimen los odios enconados. Los partidos tienen empeñada lucha a muerte, sin cuartel, sin humanidad. Impera la ley tremenda de la represalia. A la matanza de Quinteros, se contesta con los fusilamientos de Paysandú, a los fusilamientos de Paysandú con el asesinato de Flores, al asesinato de Flores con el asesinato de Berro. Anacleto Medina, ejecutor de Quinteros, es cazado diez años después en Manantiales,

¹¹² Vivian Trias, *Juan Manuel de Rosas, cit.* y José Pedro Barran, *Historia Uruguaya*, Tomo 4 (1839-1870), *cit.*

¹¹³ Carlos Machado, *Historia de los Orientales, cit.*

¹¹⁴ José Pedro Barran, *Historia Uruguaya*. Tomo 4 (1839-1870), *cit.*

lanceado, desollado y enterrado vivo. ¡Venganza! es la palabra de orden; la amenaza esta pendiente; se respira rencor'¹¹⁵.

En la Confederación Argentina

El fin de la Guerra Grande fue el comienzo del fin del reinado rosista. En solo 4 meses, se llegó a la batalla de Caseros y al exilio de Rosas. Este no recibió ninguna ayuda por parte de las provincias de la Confederación a pesar de que, exceptuando las del litoral, no habían respondido al llamado de Urquiza. Incluso el pueblo de Buenos Aires, que en general se había beneficiado con la administración de Rosas no pareció manifestarse con entusiasmo ni antes ni después de conocer el resultado de la batalla. A pesar de ello, el ejército de Urquiza en el transcurso de su paso por la provincia de Buenos Aires, no había encontrado ni simpatía ni la menor ayuda. Así, el oriental César Díaz escribió que '...el prestigio de su poder en 1852 era tan grande o mayor tal vez de lo que había sido 10 años antes, y que la sumisión y aún la confianza del pueblo en la superioridad de su genio, no le habían jamás abandonado...'¹¹⁶. Pero se había comenzado a cuestionar la política que llevaba a retardar la organización de la Nación. Si bien 'dio Rosas a su política una innegable base popular', y 'unificó al país... (También) agotó las posibilidades de ese régimen...y despertó, poco a poco, el anhelo de ver cristalizar esa unidad en un sistema político de sólidas bases constitucionales'¹¹⁷. También se cuestionaba la ambigüedad de su política exterior, con una aparente voluntad de restaurar la unidad colonial, pero sin una política activa de reincorporación¹¹⁸, a pesar de ir de guerra en guerra. Los continuos conflictos habían traído la inestabilidad de la moneda, la reducción de la fuerza de trabajo por las levadas de soldados, la atmósfera de inseguridad por la acción de la Mazorca, en muchos momentos la parálisis del comercio¹¹⁹. Se comenzó a pensar que el desarrollo económico podía llegar de la mano de Urquiza, que traería las inversiones necesarias gracias a un sistema de libertad en las relaciones financieras y en el comercio. Es como si se hubiera comprendido que el ciclo político de Rosas había llegado a un límite que era necesario sobrepasar. Y quizás la pasividad de Rosas en sus últimos momentos de poder indicaban que él mismo pensaba igual, quizás psicológicamente cansado. De todas maneras

¹¹⁵ Alberto Zum Felde, *Proceso Histórico del Uruguay y esquema de su sociología*, Univ. De la República, Montevideo, 1963.

¹¹⁶ *Memorias*, cit.

¹¹⁷ José Luis Romero, *Las Ideas Políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1975.

¹¹⁸ Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*, cit.

¹¹⁹ *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte I, Tomo II, cit.

había perdido a sus mejores ejércitos, el de Urquiza y el de Oribe, y a sus jefes militares, los generales Pacheco y Mansilla, según Lynch no los movía un gran entusiasmo¹²⁰. Pero las cosas eran más complicadas. En el caso de Mansilla, luego del enfrentamiento en el Tonelero con el convoy brasileño de Grenfell, transportando la División Brasileña destinada al Ejército Grande, sus tropas fueron retiradas de la costa del Paraná y acantonadas en San Nicolás de los Arroyos. Dicha ciudad custodiaba el cruce del Arroyo del Medio, separando las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, por donde indefectiblemente tenían que pasar las tropas de Urquiza. Lamentablemente, el Doctor Salvarezza, en carta del 27 de diciembre de 1851 desde el Oratorio de Goya, informaba al general Pacheco que Mansilla se hallaba gravemente enfermo de una congestión al cerebro. El estado delicado del general fue confirmado por Francisco R. Maca en correo también del 27 de diciembre, destinado al Sargento Mayor Antonino Reyes. En dicha carta también le informaba de la intención de transportar a Mansilla hacia el Departamento del Centro. Frente a esta situación, el Teniente General José María Cortina, le indicó a Pacheco en carta del 28 de diciembre desde Ramallo, que se ponía a las órdenes de José de Luzuriaga, Comandante Interino de la Frontera, quién se hallaba bajo el mando directo de Pacheco. Pero al mismo tiempo le informaba que la salud de Mansilla se había mejorado y que se encontraba ‘ocupándose de los asuntos de guerra’. Como resultado de esa ‘ocupación’, Luzuriaga, siguiendo órdenes de Mansilla, se retiró de diversos fortines del norte de la provincia. Por su parte, Pacheco, en correo del 3 de enero de 1852 desde Montes de Barrios, le informaba a Cortina que Mansilla se había disgustado porque consideraba que el teniente coronel se había puesto a sus órdenes anticipadamente de lo que debía hacerlo. En medio de todo esto fue cuestión de una carta destinada a Pacheco que Mansilla había abierto ‘inadvertidamente’. Desde San Benito de Palermo, Rosas en carta del 2 de enero, le agradecía a Pacheco el hecho de que remediase a las órdenes de Mansilla, enfermo, dándole además la autorización para nombrar jefes y para efectuar todo lo que considerase esencial. Finalmente, por razones de salud, Mansilla dejó San Nicolás el 7 de enero, dirigiéndose a Buenos Aires. Aprovechando esta situación, los tenientes Hipólito Pavón y Pablo López encabezaron una insurrección que puso la ciudad en manos de los urquicistas, siendo rechazada la intentona del 14 de ese mes de recuperar la ciudad por parte de Cortina y del Coronel Julián Ciríaco Sosa. Así, el Ejército Grande pudo cruzar sin inconvenientes el Arroyo del Medio el 18 de enero, internándose en la provincia de Buenos Aires. De la enfermedad de Mansilla no fue más cuestión. Por el contrario su cuñado lo nombró Comandante de las fuerzas de la ciudad de

¹²⁰ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas, cit.*

Buenos Aires, con la orden de defenderla. Pero Mansilla, que además no creía a Rosas capaz de dirigir el ejército de 25000 hombres destinado a luchar en Caseros, tampoco se ocupó de fortificar la ciudad, ni de abastecerla, ni de organizar una resistencia en caso de derrota rosista.

Según el cronista Juan Manuel Beruti “cuando vio la ruina del ejército de su hermano...les dijo a sus soldados que se fueran e hicieran lo que quisieran...” Otra frase del cronista nos dice “El pícaro de Mansilla fue tan bajo e indecente que el día 4 (de febrero) proclamó públicamente en la Plaza Mayor: viva el general don Justo Urquiza, y muera don Juan Manuel de Rosas, ¡mire que cuñado y beneficiado!”. El general Mansilla se exilió en Francia de donde regresó solamente tres años antes de fallecer en 1871, víctima de la fiebre amarilla.

Cuando Rosas, frente a la sublevación de Urquiza, decidió asumir el mando de las operaciones como Comandante en Jefe de las Fuerzas Federales, el general Angel Pacheco, que, antes de su nombramiento como miembro de la Legislatura de Buenos Aires, ya había sido Jefe de la Frontera del Centro desde 1845, fue nombrado Comandante General en Jefe de los Departamentos del Norte y del Centro con asiento en la Guardia de Lujan (Mercedes), siendo responsable de las tropas de su vanguardia el coronel Hilario Lagos. El problema era que debido a la “arbitraria cadena de órdenes propias del sistema dictatorial”, tanto Pacheco como Lagos no podían obrar con entera libertad, lo que favorecía los planes de Urquiza. Además, entre ambos jefes existía un sentimiento de desconfianza, aprovechado por el entrerriano, quien utilizaba hábilmente esa situación. Lagos, que había sido Jefe de Policía de Paraná, era bien considerado por Urquiza, quién al mismo tiempo apreciaba a Pacheco por haber participado juntos en acciones guerreras como por ejemplo en Arroyo Grande, e inteligentemente sugería que una vez derrocado Rosas, podría ser el futuro gobernador bonaerense. Todo esto hacía que las relaciones entre Pacheco y Lagos estuvieran plagadas de suspicacias y celos.

Algunos autores como Saldías, acusaron a Pacheco de pasividad, y de frenar la acción de Lagos. Es verdad que Pacheco atravesaba un momento personal muy difícil, luego del suicidio de un hijo, y de la enfermedad de otro. Pero también la responsabilidad de la respuesta a Urquiza hubiera debido partir del Jefe del Ejecutivo de Buenos Aires como responsable de las Relaciones Exteriores de la Confederación. Y Rosas, en lugar de una opción militar, había elegido desde el principio la ofensiva diplomática, solicitando la ayuda de Gran Bretaña para que evitase el apoyo brasileño a Urquiza. Esto contrariaba los consejos de sus asesores militares que le pedían una ofensiva de las tropas porteñas y santafesinas

contra Entre Ríos, mientras Urquiza se encontraba en la Banda Oriental luchando contra Oribe. Habiendo fallado su ofensiva diplomática, ése fue el primer error del Restaurador. El segundo grave error fue el de no oponerse al desembarco del grueso del Ejército Grande en la Provincia de Santa Fe previsto desde Diamante, y efectuado a partir del 23 de diciembre de 1851, mientras que otra columna debía llegar desde Paraná hasta la capital de la provincia de Santa Fe. Ya Pacheco había escrito a Lagos desde la Guardia de Lujan el 18 de diciembre, sobre un posible desembarco brasileño entre San Nicolás y la punta de Acevedo, pidiéndole que reuniera y preparara las tropas y caballadas del escuadrón Rubio, bajo sus ordenes, en los partidos de Encarnación, Rojas y Chivilcoy. Antes de ello, el gobernador de Santa Fe, Pascual Echagüe, se había dirigido a Rosas pidiéndole asistencia para frenar al enemigo, pero algunos autores sugieren que Rosas refirió este pedido a Pacheco, quién no respondió a esta exigencia. Incluso el coronel Chilavert se había ofrecido personalmente a Rosas para defender la línea del río Paraná. En definitiva, Echagüe contaba con sus tropas santafecinas, presentes en su capital, reforzadas con las divisiones porteñas de los coroneles Manuel de Santa Coloma y Vicente González, en Coronda y en Rosario, de las que formaban parte el coronel Serrano y el comandante Prudencio Arnold. Pero rápidamente, tanto Santa Fe como Rosario, cayeron en las manos de los urquicistas, sin gran resistencia, por lo que Echagüe, Santa Coloma, Serrano y González se retiraron hacia Buenos Aires haciendo un rodeo por la pampa cordobesa. De esta manera el Ejército Grande pudo atravesar el Paraná sin mayores sobresaltos, internándose en la provincia de Santa Fe y llegar hasta el Arroyo del Medio. Como ya dijimos, lo atravesó sin grandes inconvenientes adentrándose en la provincia de Buenos Aires, gracias a las sublevaciones de San Nicolás y San Pedro, y a la importante desertión de los milicianos enrolados en el Ejército de Buenos Aires.

De todas maneras el análisis de la correspondencia entre los distintos jefes federales a fines del año 1851, indica una ausencia total de planes agresivos contra el Ejército Grande, simplemente se hablaba de la organización y la manutención de las divisiones susceptibles de oponerse al avance urquicista, pero sin ningún plan ofensivo.

En definitiva, se podría decir que no hubo por parte de Rosas medidas de guerra. Su plan militar era el de atraer al enemigo a su provincia. Ramos Mejía en su estudio sobre Rosas, dice lo siguiente: "...su egoísmo limita su acción a su provincia que es el caparazón impenetrable que lo hace inaccesible. Dentro de su plan defensivo no cabe la Nación como organismo de utilidad...La concentración, mejor dicho, la contracción que disminuye la superficie vulnerable...es el que su instinto le aconseja...". Y Ramos Mejía continúa su análisis diciendo: "a partir de 1848, en que llega a su más alto grado de poder, Rosas se

sustrae casi de todo el mundo exterior. Su ambiente se reduce a las personas estrictamente necesarias para los asuntos públicos; las órdenes mismas las transmite por medio de los ‘oficiales’. De manera que puede decirse que por esa sustracción empieza a perder los contactos, el sentimiento preciso de su medio. Produce hechos que acusan cansancio en su espíritu. A juzgar por ciertas disposiciones, el hastío de la unánime adoración, del poder sin control, del ejercicio sin resistencia de su voluntad que parecía reconfortante en las luchas, le invade el alma que se relaja en la relativa molicie. La vida apacible...lo debilita y lo pone casi obeso...Caseros está desde entonces virtual en su alma...y va al campo de batalla dispuesto, más que al combate, al simulacro que oculta su verdadero estado de ánimo y que precederá a la eterna partida de la patria”¹²¹. El mismo Pacheco afirmaba, según Benjamín Victorica, que lo acompañó por orden de Rosas, como secretario y capitán ayudante durante enero de 1851, que el Dictador se había acostumbrado tanto al Poder Absoluto que hubiera sido incapaz de reorganizar políticamente la Confederación de otra manera que con él en la cima, por ello la guerra. Además, tanto Victorica como Lucio V. Mansilla se asombraron de la nimiedad de los asuntos que Rosas trataba en esos momentos en su correspondencia o en sus conversaciones, como si no se diera cuenta de la gravedad de las circunstancias por las que el país estaba atravesando.

En consecuencia, las razones por las cuales no se obstaculizó debidamente el avance de Urquiza fueron varias. A la falta de órdenes concretas por parte de Rosas, se agregaron las vacilaciones de Pacheco y su desconfianza para con Lagos, a quien le atribuía serios errores en su accionar, lo cual no fue obstáculo para que fuera nombrado Jefe del Departamento del Norte, nombramiento agradecido por Lagos desde la estancia de Laprida en una correspondencia dirigida a Pacheco, con fecha del 7 de enero de 1851. La correspondencia entre los dos soldados es significativa de una situación inadmisibles en tiempos de guerra. También la relación entre Lagos y Echagüe mostraba una tensión entre los dos hombres. Es significativo que el 10 de enero el santafesino le escribiera a Pacheco diciéndole que el comandante Arnold se marchó con su fuerza al arroyo Pelado por disposición de Lagos antes que recibiera la orden por parte de Pacheco. La correspondencia incluso en los últimos meses del régimen entre los distintos jefes rosistas, en lugar de focalizarse en planes de operaciones ofensivas, trataba de visitas de inspección de tropas, o en distribución de caballos y equipos, o en planes de retrocesos hacia los Santos Lugares. Una larga carta de Rosas dirigida a Pacheco desde Palermo trataba sobre la marcha del Coronel Ramón Bustos para tomar el mando de los

¹²¹ Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*. (Prólogo de A. Dellepiane). Buenos Aires. Jackson. 1944, esta referencia falta en el original [N. del E.].

escuadrones Ciesa, Benítez y Sagaste para organizarlos, pero esa correspondencia tenía como fecha el 30 de diciembre de 1851, poco más de un mes antes del final. Durante mucho tiempo las cartas entre Lagos y Pacheco comenzaban con los encabezamientos de ‘amigo’, e incluso en determinados momentos una cierta colaboración se trasluce, como por ejemplo cuando Pacheco le escribe desde Guardia de Luján el 18 de enero, refiriéndose a los caballos que Lagos le requiere y necesita. Además en lo que se refiere a los puntos que deben ocupar Luzuriaga y Echagüe, Pacheco insiste en que Lagos debe señalárselos determinadamente y ‘avisarme en el caso de que alguno de ellos no cumpla las órdenes de Ud con la puntualidad que debe’. Pero en carta del 21 de enero Pacheco le escribe que por nota de Echagüe se ha impuesto de los movimientos que Lagos y el general piensan hacer, los que “de ninguna manera cuentan con mi aprobación”. Y le ordena, conforme con las instrucciones que Lagos tiene recibidas, que marche a ocupar una estancia (de Gómez), manteniendo sus partidas extendidas a ese frente, replegándose si fuese necesario hacia el cuartel general de Santos Lugares, hostilizando al enemigo. En cuanto a Echagüe, que recibe de Lagos sus instrucciones, cooperara a ese mismo efecto cubriendo los caminos que vienen de Pergamino y de Federación al mismo punto. Y el 22 de enero, reitera lo mismo, pero añadiendo ‘Ahora observo a Ud. que si no es posible ocupar con todas las fuerzas la estancia de Gómez, mande un fuerte contingente y siga replegándose’. Añadiendo que si hay que replegarse de manera general Lagos debe indicar la columna cuyas indicaciones deben seguir las demás. ‘Ud. se servirá contestar inmediatamente y sin pérdida de tiempo sobre lo que se haga’, advirtiendo que los “asquerosos unitarios” avanzan también por el camino de Arrecifes, aunque se hallan lejos. El mismo 22 Pacheco reitera en un tono más firme lo anterior, agregando que si se dispone un movimiento retrógrado general, él, Pacheco indicará la columna que servirá de dirección. Al final de esta carta, y en el mismo documento, con fecha del 30 de enero, hay una nota de la propia escritura de Lagos diciendo: “Que injusto que pienso había sido este general Pacheco, quién lo hubiera conocido antes a este traidor a su patria y a todo lo más sagrado del honor”¹²². Ya el 24 de enero, Pacheco acusa recibo de Lagos de sus problemas por la escasez de aguadas y la necesidad de incendiar campos para frenar al enemigo, cerca de la Laguna de los Ranchos. No pone en duda la valentía de Lagos pero le precisa que nunca le señaló las chacras de Gómez ni el ‘Bañadito’ ni ningún otro punto como aparentes para batir al enemigo. Solo le señaló algunos para situarse y poder allí llenar sus instrucciones. Nuevamente, al final de esa carta, Lagos escribe: Miente este general, miente como acostumbra y como todos lo

¹²² AGN-X-18-4-4, documento 348.

conocen¹²³. Esta era la relación entre los responsables de la vanguardia del ejército de Rosas en las cercanías de Caseros.

Por otro lado, contrariamente a lo escrito por la mayoría de los historiadores, Victorica claramente indica en sus memorias que Pacheco siguió el desarrollo de la batalla de Caseros desde una chacra vecina y no desde su estancia del Talar, a pesar de haber sido apartado de la dirección de las fuerzas federales por Rosas, y de que la renuncia a sus funciones de Jefe de los Departamentos del Norte y Centro, jamás fue aceptada por el Restaurador.

Por su parte, el agente británico Gore informaba a Palmerston que Rosas en los últimos momentos de su régimen había sido traicionado por aquellos que tanto le habían jurado fidelidad. Así, la información de la llegada del gobernador de San Juan, Benavidez con cuatro mil hombres y de Pedro Rosas con dos mil indios rodeando detrás y por el flanco derecho al ejército de Urquiza había resultado ser falsa. Por otro lado, si bien podría considerarse que Rosas continuaba gozando de una cierta adhesión popular, el levantamiento popular espontáneo no se produjo, acostumbrada la masa a ser impulsada por una maquinaria política que se estaba agotando. La derrota de Rosas en Caseros fue rápida y total, todo había comenzado a las 7 horas de la mañana, y el destino de la batalla ya estaba definido al mediodía.

Rápidamente, tanto Pacheco como Lagos, después de Caseros, se integraron al nuevo sistema. Ya el 9 de febrero de 1852, Lagos escribe a Urquiza desde el barco francés Flambart, en donde se había refugiado, pidiendo un salvoconducto para presentarse en la Capitanía del Puerto y demás autoridades, luego de haberse hecho eco de expresiones de amistad del entrerriano para con él. El 10 de febrero, Urquiza le expide el salvoconducto desde Palermo, y el 23, desde Buenos Aires, Manuel de Escalada le comunica que el Ministerio de Guerra y Marina lo nombró Comandante en Jefe del Departamento del Sud.

Luego de su triunfo, Urquiza hizo conocer sus futuros planes, que comprendían la reorganización constitucional del país, el libre comercio, el desarrollo de los recursos del país, la apertura de los ríos. El nuevo gobierno firmó en julio de 1853, el Tratado de Libre Navegación de los ríos interiores argentinos con los representantes de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos¹²⁴. Además se llegó al arreglo definitivo del pago del empréstito Baring de 1824, una deuda que alcanzaba a 2 millones y medio de libras¹²⁵. Para Vivian Trías fueron hechos claves e implicaron la futura incorporación de la Argentina al sistema económico

¹²³ AGN-X-18-4-4, documento 349.

¹²⁴ James R. Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852-62*, cit.

¹²⁵ Juan Manuel de Rosas, *Cartas del exilio*, Rodolfo Alsina, Buenos Aires, 1974.

orquestrado por la City de Londres. Con respecto a la distribución de las tierras, quienes derrocaron a Rosas no aportaron ninguna modificación sustancial, por el contrario ‘se dictó incluso la ley de los derechos adquiridos’, legalizando las medidas de acaparamiento, modificando solo algunas confiscaciones y embargos. Se mantuvo el latifundio y las tierras irracionalmente explotadas. Por eso la mayoría de los colaboradores y beneficiarios de Rosas se pasaron al nuevo gobierno sin problemas¹²⁶.

Pero el triunfo de Urquiza también llevó a la rebelión a la provincia de Buenos Aires el 11 de septiembre de 1852, incapaz de soportar una organización nacional en donde dominasen las provincias. Esa rebelión la llevó a separarse de la Confederación, abriéndose así una nueva etapa de guerras civiles que duro hasta 1861. Pero el dominio de la aduana y por ende del comercio exterior, le daba a la ciudad y su provincia el poderío económico y la riqueza que le faltaba a la Confederación. Entre tanto el 9 de julio de 1853 las provincias habían jurado la Constitución de la Confederación Argentina. La batalla de Cepeda y el Pacto de San José de Flores llevaron a la provincia rebelde a declararse integrante de la Confederación, permitiéndosele en 1860 proponer modificaciones a la Constitución, que en definitiva no alteraron el carácter de la carta magna aunque dieron más garantías a las autonomías provinciales. Pero entre el presidente de la Confederación, Santiago Derqui y Bartolomé Mitre gobernador de Buenos Aires, la rivalidad era inevitable. La unión nacional sin el predominio porteño era quimérica. La batalla de Pavón del 17 de septiembre de 1861, con el inesperado eclipse de Urquiza antes de la definición del combate, se acompañó tres meses después por el receso del Poder Ejecutivo de la Confederación, su acta de defunción. Finalmente la Constitución de 1853-1860 permitió a Mitre cumplir el plan político que se había propuesto, instalando el 25 de mayo de 1863 el nuevo Congreso de la Nación que lo proclamó el 5 de octubre Presidente de la Nación Argentina. Se abrió así una nueva etapa política y económica en el país, marcada por la hegemonía de Buenos Aires¹²⁷.

¹²⁶ Vivian Trias, *Juan Manuel de Rosas, cit.*

¹²⁷ James R. Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852-6, cit.* y Félix Luna, *Historia Integral de la Argentina*. Volumen 6. *La Nación Argentina*. Planeta. Buenos Aires 1996.